



esquina • baja

CINE CLUB



SALA MARGARITA CANSINO



ENERO
CICLO LOS HOMBRES DUROS

Casa blanca
El Halcón maltés
Stavisky
El Incorregible



FEBRERO
CICLO FEBRERO LOCO

El mensajero
En espera de la primavera
Amor brujo
Cyrano de Bergerac



MARZO
CICLO LOCURAS DE UNA PRIMAVERA

Noticias de una violación en primera plana
Aprendiz de pornógrafo
Thelma y Louise
Fiebre en la jungla
Enrique V



ABRIL
CICLO RIO RITA: CINCO AÑOS DE CINE



Danzón
Cabeza de Vaca
Pueblo de madera
La leyenda de una máscara

ENTRADA LIBRE MARTES 8:00 PM

esquina • baja

enero-marzo de 1992. Número 12

DIRECTOR DE LA REVISTA

Leobardo Saravia Quiroz

SUBDIRECCION

Humberto Félix Berumen
Armando García Orso

CONSEJO EDITORIAL

José Vicente Anaya - Federico Campbell - José Manuel Di Bella - Sergio Gómez Montero - Miguel Manríquez - Romel Rosas - Carlos Fabián Sarabia - Gabriel Trujillo Muñoz - José Javier Villarreal

DISEÑO

Armando García Orso

COLABORADORES

Francisco Manuel Acuña - Tito Alegría - Roberto Córdova Leyva - Rosina Conde - Felipe Cuamea Velázquez - Víctor Alejandro Espinoza Valle - Carlos Martín Gutiérrez - Mario Herrera - Leslie Howard - Francisco Morales - José Negrete Mata - Edmundo Lizardi - Alfonso Lorenzana - Harry Polkinhorn - Gabriela Posada del Real - Vladimir Téllez Montaña - Benedicto Ruiz - José Manuel Valenzuela - Fernando Vizcarra - Gilberto Zúñiga

FOTOCOMPOSICION

Ricardo Gaspar

FOTOMECANICA

César Coronado

esquina • baja

Publicación trimestral de la Asociación Cultural Río Rita.
Certificado de licitud de contenido núm. 3294. Información y suscripciones: Av. Revolución 744, Tijuana, Baja California, México 22000; tels: (66) 852244, fax 859984. Impreso en Cali Impresores, Tijuana, B.C. México

esquina • baja

Enero-marzo de 1992. Número 12 Tijuana, Baja California



EL SILENCIO QUE ARRASTRA EL RÍO
Rosario Sanmiguel

CRÓNICA DE PASEANTES
Juan Goytisolo

LA SOLEDAD DEL FORASTERO
Joseph Hodara

POESÍA DE CHIHUAHUA. DOSSIER
Alfredo Espinosa - Miguel Ángel Chávez Díaz de León
Enrique Cortázar - Jorge Humberto Chávez

DOSSIER DE FOTOGRAFÍA: VLADIMIR TÉLLEZ MONTAÑO

LA CIUDAD: COLLAGE DE ENCUENTROS
Guillermo Sánchez Arreola - Carlos Fabián Sarabia
Gabriela Posada del Real

BASILIO TAJADURA
Regina Swain

DIBUJO: ÓSCAR ORTEGA

CRÓNICAS DE ROCK
Edmundo Lizardi

INÉS MARTÍNEZ DE CASTRO - POESÍA

RETRATO HABLADO. FOTOGRAFÍA
Roberto Córdova Leyva

LOS BÁRBAROS ILUSTRADOS

Gabriel Trujillo ○ Guadalupe Beatriz Aldaco
Mauricio José Schwarz ○ José Vicente Anaya



• *Bajo el signo del jaguar* •

EL SILENCIO QUE ARRASTRA EL RÍO

ROSARIO SANMIGUEL

FUI A BUSCAR A MARTÍN A PESAR DE QUE A ÉL NO LE gustaba que llegara hasta el malecón. Cuando dieron las siete el Mere me dejó salir; como era lunes no había gente en el restorán. Me quité el delantal y me cambié la blusa blanca por una camiseta negra que tenía un letrero del Hard Rock Café—Martín me la regaló cuando cumplí diecisiete años—, y en lugar de los zapatos de tacón que tanto me cansaban me puse mis tenis rojos. Él no quería verme en el malecón porque decía que los otros pasamojados le daban infierno con que yo estaba muy buena. Una vez uno le dijo que con una vieja como yo no había necesidad de remojarse tanto. Él no aguantaba nada y respondió como lo hacía siempre que se sentía amenazado, a golpes y navajazos. Tuvo que pasar en la cárcel tres semanas. El otro salió con la herida bien cosida, pero si los mirones no los hubieran separado a tiempo, Martín lo hubiera dejado como cedazo. Yo hice los trámites para sacarlo de la cárcel, con la ayuda de Mere, que me prestó para pagar los gastos del licenciado. Cuando Martín salió libre le pedí que no volviera al puente negro, tenía miedo de que el otro quisiera vengarse, pero Martín dijo que él había llegado primero, que ése era el mejor lugar para pasar mojados y que si el otro quería bronca, mejor, así se lo despachaba de una vez. Afortunadamente cuando Martín regresó el otro ya no estaba en el mismo sitio.

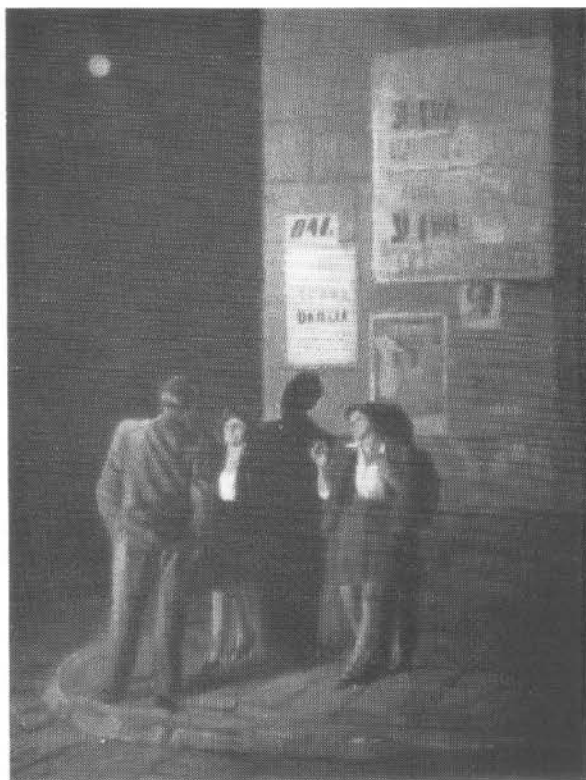
Del restorán al malecón caminé quince minutos, doce cuadras por la Mariscal, que ese día estaba despejada, sin gringos ni soldados. Hacía mucho calor. La pestilencia de los charcos a la orilla de las banquetas se mezclaba con el olor a orines que salía de las cantinas. Cuando pasé frente al "Burbujas", el hombre que desde la puerta invita a ver el show de mujeres desnudas me llamó con su voz empalagosa. No le hice caso, pero estaba segura que para el miércoles allí iba a estar en el restorán molestándose. Ese hombre me caía mal; era muy odioso y además tenía los dientes podridos, no como Martín, tan blancos y parejitos. ¡Mónica!, me gritó, y yo caminé más aprisa.

No encontré a Martín, pregunté a los otros pasamojados por él y me dijeron que acababa de cruzar. A esa hora había apenas unas cuantas personas caminando por la orilla del río, como sin ganas. Me acomodé bajo el puente, y para distraerme mientras esperaba, observé las nubes y los edificios de la ciudad que tenía enfrente: eran muy altos, como torres de cristal de distintos colores, verde, azul, plomo, negro. El zumbido de los carros me empezó a arrullar, pero de pronto, en el patio de trenes que está del otro lado del río, vi aparecer entre los

vagones del Southern Pacific a Martín y a uno de la border patrol. Parecía que discutían, levantaban los brazos como si quisieran golpearse y el de la migra agarró a Martín de un hombro y lo sacudió. Me asusté mucho porque sabía de lo que Martín era capaz. Todos los que estábamos de este lado nos quedamos parados, nomás atentos a ver qué iba a suceder. Martín se soltó, salió por el hoyo que tiene la malla de alambre y bajó corriendo por la rampa encementada. El agua sucia del río le daba hasta la cintura y el cielo empezaba a oscurecerse.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó enfurecido.

No le respondí, preferí esperar a que se calmara. Caminamos a lo largo del malecón entre el polvo y los escombros. Martín iba vestido con una camiseta de los Bulls de Chicago—su equipo favorito—, y unos shorts viejos. Cuando la ropa se le oreó un poco tomamos por la Magnolias, tan llena de gente y vecindades que





despedían un olor a grasa refrita. Nos detuvimos en una esquina a comer tortas. A mí se me ocurrió que las de salchichón parecían boquitas abiertas con la lengua de fuera, por la manera como estaban acomodadas en la charola, todas paraditas, una enseguida de la otra. A Martín le cayó en gracia lo que dije, agarró una y movió los panes como si fueran labios y habló con acento gabacho:

— ¡Cuidado Martín, cuidado! Mejor amigos que enemigos.O.K?

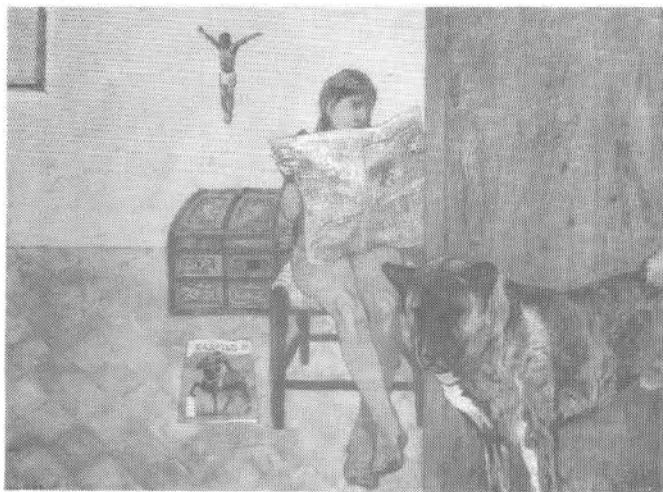
Apretó la torta y la arrojó a un charco. Eran las nueve de la noche, ya no podía comprar licor en los comercios, así que fuimos al restorán de Mere y saqué dos Coors en una bolsa de papel. Esa noche rentamos un cuarto en el Hotel Sady; diez dólares la noche entera, pero nosotros nomás la ocupábamos unas horas. En el camino le conté que necesitaba que al siguiente día me cruzara el río y me llevara a las tiendas del Centro a buscar las medias de mi madre porque la pobre sufría mucho de sus várices.

Martín pidió un cuarto en el tercer piso, con ventana a la Mariscal, le gustaba oír el ajetreo de la gente y los carros como un bullicio lejano. Contra la esquina del hotel había un anuncio luminoso que echaba una luz rosada que entraba al cuarto. A Martín le gustaba ese resplandor, sentía que estaba en otro lugar, que todo era diferente; eso lo animaba y lo ponía cariñoso. Esa noche sentí su cuerpo bien bonito. Lo abracé muy fuerte, hasta que él se apartó. Se tomó las cervezas y ya relajado le pregunté por qué había remedado al de la migra. Contestó que traía broncas con él a causa de unas gentes que había cruzado. Cosas de dinero, dijo así nomás y se

quedó pensando. Esperé a que se durmiera para verlo a mis anchas, grande y fuerte como era; me sentí feliz de estar con él. Martín me gustó desde la primera vez que lo vi, cuando entró al restorán con otros chavos, y todos menos él traían el pelo peinado para atrás, agarrado con una red. Cuando les pregunté qué iban a tomar, Martín respondió por ellos y se me quedó mirando, regresé con las Coors y me preguntó mi hora de salida. Más tarde me estaba esperando afuera. Tenía las pestañas chinas, se refa con los ojos. Eso me dio confianza y nos hicimos novios. Me dijo que era pasamojados. No me importó, de algo tiene que vivir la gente, pero cuando me di cuenta que le gustaba la hierba no fui de acuerdo. Él se burlaba de mí porque yo era muy chole; no le hacía ni a la mota ni al vino; pero así me quería. Para noviembre él iba a rentar unos cuartos para vivir juntos, nomás mientras no fbamos a Chicago, de ilegales también nosotros, como los pobres que cruzan el río nomás con la bendición de Dios, éstos que se meten en los vagones de carga a escondidas, a esperar horas, a veces todo el día para que el tren se mueva, y ellos allí metidos, ahogándose de calor y miedo. Cuando Martín me preguntó si quería irme a Chicago con él no le resolví. La verdad, yo no quería viajar escondida en un vagón como si fuera una ladrona. Tanto lo miré que me dieron ganas de besarlo. Le besé los ojos y las lagrimitas. Martín tenía dos tatuajes, las gotitas junto al ojo izquierdo y una telaraña en la paleta derecha. “Las lagrimitas son de cuando murió mi jefa —me dijo la primera noche que estuvimos juntos— y la telaraña fue una apuesta que le gané a un compa muy chingón. La apuesta fue robar espejos de carros, el que juntara menos en una semana le pagaba al otro un tatuaje en el mejor Tatoo Shop del Paso”. Me contó la historia muy orgulloso de haber ganado, en cambio a mí no me gustó nada, pero después que me contaba sus aventuras me abrazaba y con eso me conformaba.

Martín abrió los ojos y me agarró mirándolo. Yo traía tanto pensamiento revuelto en la cabeza que volví a preguntarle por el de la migra. Primero dijo que no tenía importancia, pero le insistí mucho y acabó contándome:

—El Verde se llama Harris, lo conozco desde hace mucho tiempo, casi desde que ando en esto; al principio trabajamos muy bien, sin broncas, pero después ya no



porque me quería pagar cualquier baba. Me pidió gente para camellar en el Chuco y le pasé sirvientas, jardineros, meseros y hasta unos mariachis con todo y los instrumentos. Eran para su cantón o el de sus amigos, y me pagaba por el servicio. La bronca empezó cuando cruce gente pa' la pizca del chile en Nuevo México; como eso era más riesgo le pedí más feria, no me quiso pagar y por eso nos bronqueamos. Además, ahora anda en tratos con el bato que piqué por hocicón. —¿Te acuerdas? No me importa; nomás que me dé mi feria, al cabo hay otros Verdes que también pagan.

Terminó de hablar y me abrazó, dijo que no me asustara, que no era la primera vez que tenía broncas con uno de la migra. Nos besamos y otra vez sentir. En el hotel estuvimos hasta pasada la media noche, a tiempo para que yo tomara el último camión que iba a mi barrio.

Tardé mucho para dormirme. Así me pasaba después de que hacía el amor con Martín, me acostaba nomás a recordarlo, casi hasta el amanecer, que era cuando me vencía el sueño. Esa noche además, estaba preocupada por él. Al fin me dormí pensando que ya no quería ir al otro lado.

Al siguiente día me colgué un collar de cuentas de colores y una bolsa de mezclilla donde metí unos jeans para que Martín se quitara los shorts mojados. Quería invitarlo al cine. Cuando llegué alcancé a verlo agazapado entre los vagones discutiendo con el mismo de la Border Patrol, el hombre de pelo güero. Me asusté mucho, creí que Martín sacaría la navaja que siempre cargaba en la bolsa trasera de los shorts. Luego de unos minutos, el otro desapareció y Martín cruzó rápidamente para el lado de acá.

—¡Vámonos de aquí, que soy capaz de reventarlo! —me ordenó en cuanto llegó a mí.

Nos encaminamos al restorán de Mere y nos tomamos una coca. Martín se tranquilizó y yo aproveché para decirle que había cambiado de planes. A él no le pareció, dijo que iríamos a pesar de todo. Para Martín yo era un reto. Me dijo que el Verde le tenía miedo porque lo había amenazado con delatarlo; además su turno de vigilancia



ya había terminado y era seguro que se había largado. Sus razones no me convencieron. Estaba arrepentida de haber ido a buscarlo y lo único que deseaba era desaparecer de allí. Martín se enojó conmigo y a rastras me llevó al malecón y a empujones me subió a la cámara de llanta que usaba como balsa.

—¡No te muevas, es cosa de dos minutos!

Jaló la cámara despacio para que el agua no me salpicara. Era mediodía. El sol estaba en lo alto y se reflejaba en el agua turbia. Un grupo de hombres bajo el puente esperaba su turno para cruzar. Arriba, otros con los dedos enganchados en el alumbrado miraban a todos lados; me miraban a mí, a Martín; era como si quisieran adivinar nuestro destino. A pesar del miedo que llevaba me ilusionó pensar que allá nos quedaríamos todo el día, que íbamos a caminar por las calles de una ciudad desconocida. De pronto me sentí animada, luego miré el cielo azul, la montaña Franklin, los edificios de colores, un cartel enorme de los cigarros Camel y, más abajo, los vagones del tren. En ese momento se escuchó un disparo. Ya habíamos llegado a la orilla. Un hombre parecía ocultarse entre los vagones. Apenas alcancé a distinguir su pelo amarillo; su uniforme verde.

—Martín, —¿Qué pasa?

—¡Agáchate! —gritó, y trató de ocultarse detrás de la cámara.

Se oyó otro disparo: Martín se dobló y el agua oscura del río lo cubrió. Grité aterrada; quise bajarme de la cámara pero tuve miedo. Volví a sentarme y busqué con los ojos ayuda. Ya no había ni un alma bajo el puente, tampoco arriba, por ningún lado. Sentí que todo era lejano, los carros que avanzaban en las calles polvosas; mi casa, el restorán de Mere, el hotel Sady; la catedral, su escalinata y los pordioseros. Entonces sentí un ardor intenso en los ojos; es el sol de agosto, pensé. Y hasta que cerré los ojos pude ver todo el silencio que arrastra el río ○

Rosario Sanmiguel. (Benavides, Chihuahua). Licenciatura en Estudios Latinoamericanos en UTEP. Becaria de Conaculta en el área de literatura. Ha publicado cuento en diferentes revistas y suplementos nacionales. Ganó el Concurso de Cuento, organizado por la Editorial Meridiano 107, en 1990.

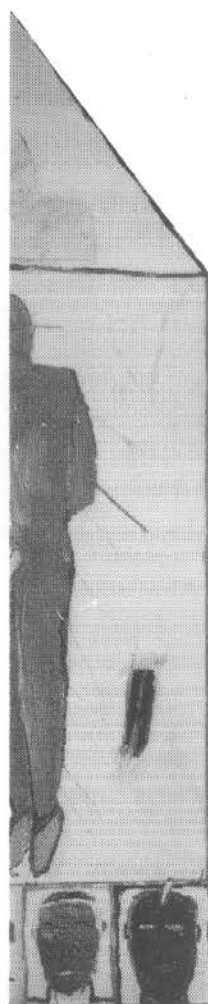
CRÓNICA DE PASEANTES

VISIÓN DE TIJUANA

JUAN GOYTISOLO

Recuerdo que años atrás, en Tijuana, experimenté una impresión parecida: había recorrido durante horas las calles rectilíneas de una aglomeración interminable compuesta de cantinas, reñideros de gallos, frontones de jai alai, espectáculos de *top y bottomless*, bailes de taxigirls, oficinas de divorcio y evasión fiscal en medio de buscavidas, prostitutas, mariachis y rubias teñidas de la sociedad de San Diego y Los Ángeles disfrazadas con peineta y mantilla para asistir a una corrida de El Cordobés, y de pronto con una auténtica librería marxista-leninista abarrotada de obras de Mao, Castro y el Che. Entré en ella —la puerta estaba abierta, no había nadie— y mientras intentaba hacerme una difícil composición del lugar, irrumpió un personaje sanguíneo, como en *Les parapluies de Cherbourg*, cantando alegremente en catalán. Instantes después, sin darme tiempo de reponerme del choque, se asomaron dos chiquitas mestizas, de largas trenzas y cantarín acento, para preguntar al dueño de aquel disparate «si tenían estampitas de Mesopotamia». Confieso que al salir a la calle me sentía mareado como si hubiera bebido, por una apuesta estúpida, una botella entera de Chivas.

El mismo *dépaysement* e incredulidad me acompañaban camino de mi apartamento de Kreuzberg cuando al cruzar delante del único inmueble intacto de un vasto territorio montaraz y silvestre escuché a través de una ventana abierta la voz para mí familiar de Abdelhakim Hafez interpretando *Risala men taht el ma*: una canción sentimental egipcia surgiendo del corazón de un barrio centroeuropeo transformado primero en descampado y luego en reserva forestal, tal cúmulo de improbabilidades y dislates sólo podía ocurrir en el ámbito delirante y paradigmático de un Berlín a la vez abolido y tangible, prehistórico y posnuclear O



LA SOLEDAD DEL FORASTERO

C IUDADES Y PUEBLOS DE LA FRONTERA NORTE aglomeran a asilados y exiliados. "Migrantes" es un apelativo técnico, convenido, casi decoroso. Porque ninguno de ellos revela higiénicos equilibrios. Porque en cada uno de ellos se revolcó, en algún recodo, un desencuentro interno, la fundamental herida, que los indujo a mudar geografía aventurando la mudanza del alma. Todos lograron lo primero y muy pocos lo último. Conglomerado que almacena un acervo apasionado de recuerdos y rajaduras, del que cuelga un nuevo gravamen de agitadas fricciones. Vienen a conquistar El Dorado o para recuperar fantasías diluidas. Son los migrantes una zoología movediza, trepadora, a la vez timorata y tesonera. Suscitan infaliblemente la suspicacia aguerrida de los que estaban, de los invadidos, a la que responden con desabrida soberbia.

El sociólogo George Simmel escribió párrafos precisos sobre los encantos del *forastero*, un tipo de migrante transitorio que viene para irse. Trae enigmas, es enigmático, desciende de montañas y aldeas apenas nombradas. Y al llegar al valle o a las playas, encandila a los que están. Se le confiesan, lo enamoran, le desnudan los secretos mejor escondidos, le roban o le inventan consejos y dichos. Todos saben que el forastero se marchará necesariamente, y al desaparecer las memorias reveladas se desvanecerán como su sombra.

Entre los migrantes que llegan por aquí habrán sin duda *forasteros*. Pero son los menos. Los más proyectan una estancia larga, acaso mortal: dejar los desmemoriados huesos en la nueva tierra. Y sin embargo, no son criaturas de aquí y ya han dejado de ser de allá. Viven en el filo de varios mundos, de múltiples historias. La condicionalidad acompaña a sus existencias; trabajan, aman, traicionan, bajo condiciones: hasta el momento —que excusablemente se posterga— de la partida. De aquí el conflicto permanente que los abrumba, la pregunta infinita que se cuela en las noches impasibles del migrante, cuando su soledad es total, total la intemperie. Las noches del migrante: el espacio inmisericorde que ninguna cúpula y ningún sedante puede acallar.

Ante la cerrazón del entorno, el migrante se encapsula con sus similares. Y al compartir inquietudes del alma cree lograr la quietud deseada. El enconchamiento de los migrantes silencia, desplaza o su-

JOSEPH HODARA

blima conflictos. Les dispensa frágiles certidumbres en un entorno que han renunciado a descifrar. Y dentro de la cápsula protectora se aman y se odian, se consuelan, intrigan, construyen fantasías diminutas que se les antoja decisivas, pues la realidad sobria se ha alejado por deliberación o por omisiones repetidas.

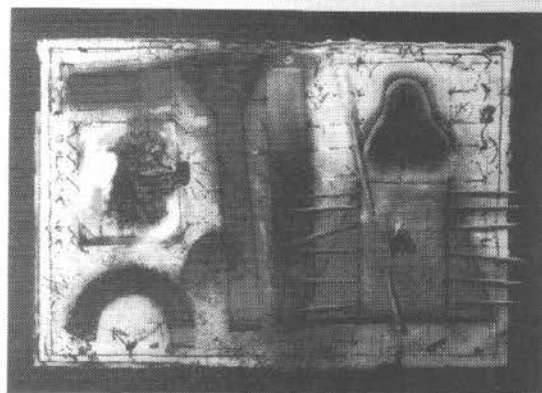
Pero la agitación interna, aquella que los empujó a nuevas geografías, jamás se agota. Ni en la cápsula defensora. Ni en el duelo discreto o salvaje con otro cuerpo. Para superarla ensaya la soberbia, el grito seguro, la timidez, la respetabilidad austera, los prestigios vanos, la obediencia: ninguna estampa le garantiza éxito. Y el entorno, los que estaban, los penetrados, le imprimen un signo de Caín. Con buenas o con malignas razones. El migrante es un Caín por sus delitos memorables o inventados, que pretende redimir y olvidar en la frontera. Pero los fronterizos ven o alucinan las sombras de este pasado. Y el miedo los estremece, miedos que se transmutan en odio, venganzas, lejanía. Como si temieran que los afiebrados desgarramientos de Caín encendieran también en ellos.

Con sus rupturas, el migrante puede crear o autodestruirse, asumir responsabilidades o plegarse a temibles conformismos, amar en verdad o despreciar en vano. Ser o parecer. Compartir o vaciar. Diluir rencores o nutrirlos. En sus noches de soledad perfecta el migrante debe escoger. Elección cotidiana que cursa cada noche en la frontera, y los fronterizos apenas la perciben. Porque el migrante apenas da o recibe noticia. Incomunicación compartida ○

Joseph Hodara. Investigador. Secretario General Académico de El Colegio de la Frontera Norte. Autor de *Científicos versus políticos* (UNAM, 1969) y *Prebisch y la Cepal* (El Colegio de México, 1987), entre otros libros.

DIARIO 29
El Nacional

DIALOGOS DEL DIARIO



Encuesta de Diario 29 Religión y misticismo en Baja California

Para responder a la inquietud sobre las creencias religiosas, místicas y esotéricas de la población de Baja California, a finales del mes de marzo de este año el *Diario 29*, en colaboración con el Centro de Estudios de la Religión y el Misticismo de la Universidad de Baja California, realizó una encuesta sobre estos temas. Los resultados de esta encuesta se publican en esta edición del *Diario 29*. La encuesta se realizó en la ciudad de Tijuana, en el mes de marzo, a una muestra representativa de la población de esta ciudad. Los resultados de la encuesta se publican en esta edición del *Diario 29*. La encuesta se realizó en la ciudad de Tijuana, en el mes de marzo, a una muestra representativa de la población de esta ciudad. Los resultados de la encuesta se publican en esta edición del *Diario 29*.

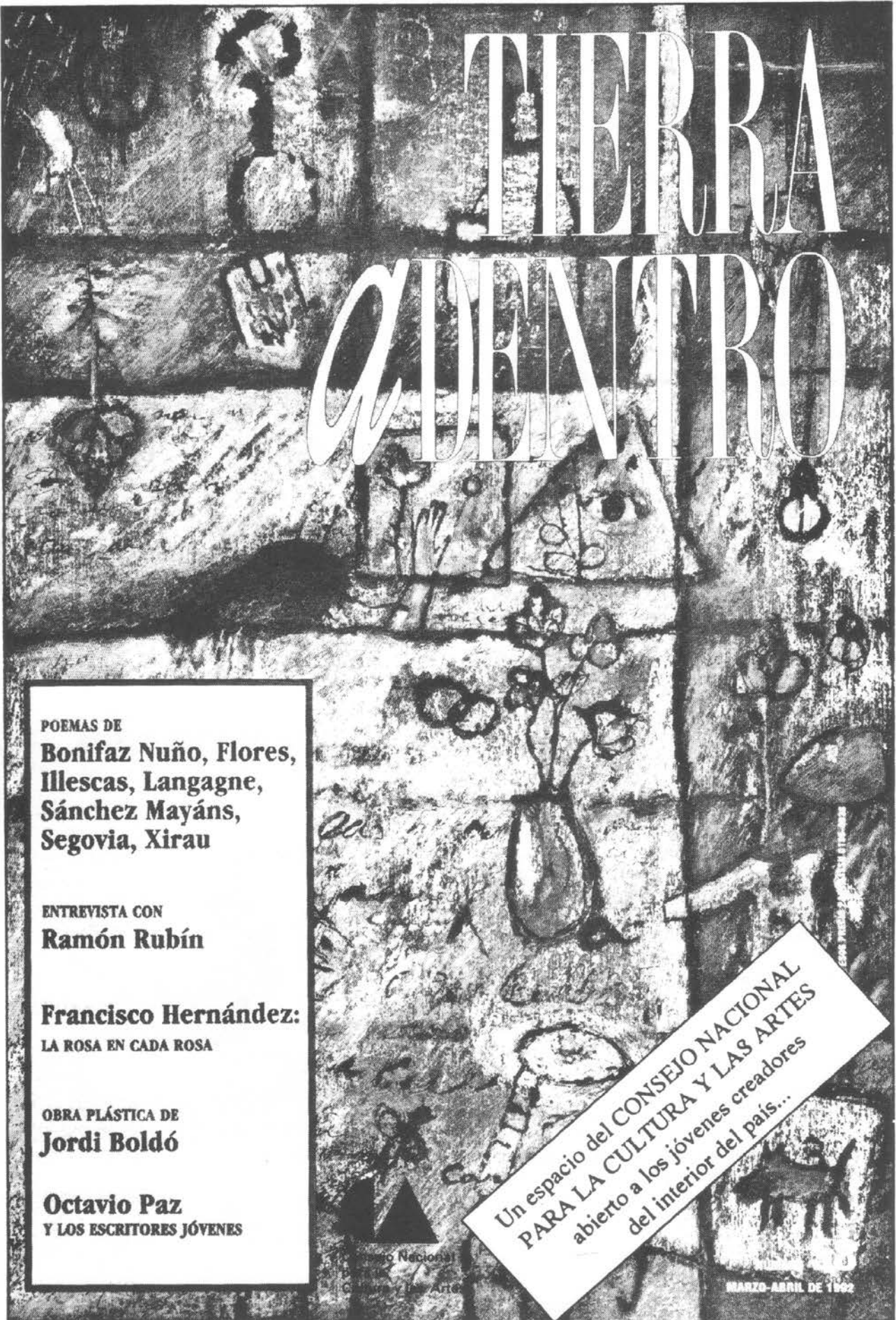
INVENTARIO /52



INVENTARIO DE UN AÑO • ATIBOS Y VISUMBRAMIENTOS • EL
GRAM PRETZER • ORIGENES EN EL NORO • JUAN DOMINGO
ARQUELLES • EL DÍA EN QUE MAGENTA... • EL DÍA MORIDOR •
UN SEÑOR QUE SE CREE... • GIBIARA • VISAGES • LIBRERO •

DIARIO 29
El Nacional

TERRA DENTRO



POEMAS DE

**Bonifaz Nuño, Flores,
Illescas, Langagne,
Sánchez Mayáns,
Segovia, Xirau**

ENTREVISTA CON

Ramón Rubín

Francisco Hernández:

LA ROSA EN CADA ROSA

OBRA PLÁSTICA DE

Jordi Boldó

Octavio Paz

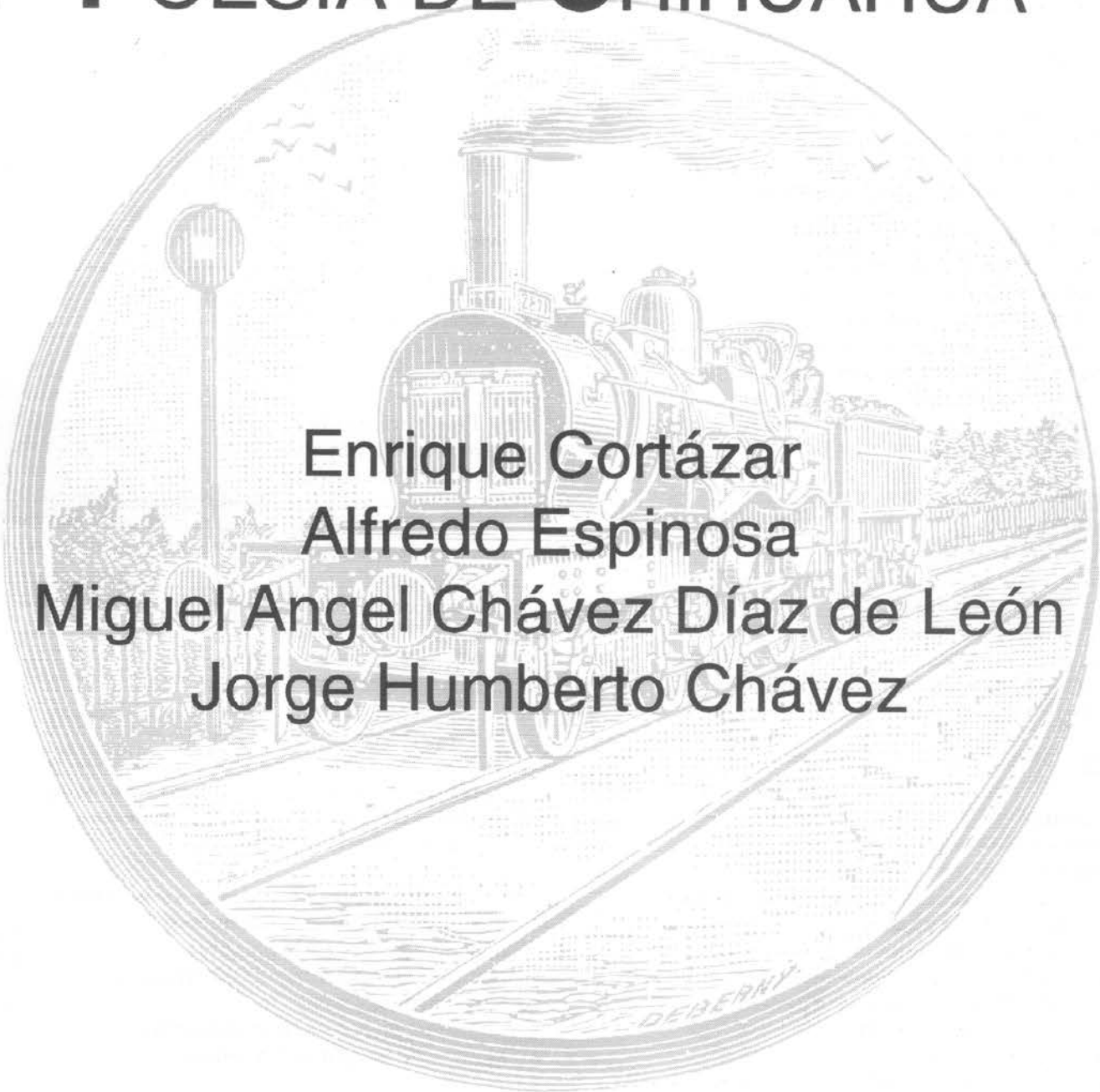
Y LOS ESCRITORES JÓVENES

Un espacio del CONSEJO NACIONAL
PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
abierto a los jóvenes creadores
del interior del país...

Consejo Nacional
para la Cultura y las Artes

MARZO-ABRIL DE 1992

POESIA DE CHIHUAHUA



Enrique Cortázar
Alfredo Espinosa
Miguel Angel Chávez Díaz de León
Jorge Humberto Chávez

ENRIQUE CORTÁZAR

I *Canto a la desolación*

Sabernos poseedores
de íntimas reliquias transparentes.
No tener más
que un cúmulo de silencios y distancia:
Vivas santidades que encontramos en rincones
de sabias noches temblorosas.

Arrojarnos al paso del tiempo
como quien decide finalmente
qué destino darse a sí mismo,
íntimamente convencidos que
más allá de la aparente terquedad
de los destinos está el alma central
de las cosas más sencillas:
Luz que nos rescata
a retazos de indulgencia

De lo que quiero hablar
es del milagro
al enfrentar con pulso y risa
una mañana más de incertidumbre,
la voluntad amplia
de constatar el aroma del verano:
sigiloso huésped con el campo a cuestras;
cosas que tienen que ver, a pesar de todo,
con el discreto y piadoso misterio del olvido.

II

Además de la siempre sabia
imprecisión del tiempo,
estar oculto entre las horas
que surgen como ramillete de esperanza
en medio del invierno,
atesorando todo aquello que
nos quitó la vida y sus eslabones de distancia.
Obligados a decir las vaguedades
que mantienen la rutina de los días.
Dispuestos siempre, y a pesar de todo,
a besarnos en las sombras de los parques
tratando de atrapar la vida.

III

Levantarnos desde la soledad que nos circunda
para llegar a los demás
sin otro afán que construir el día

cifrando la quietud intacta
del horizonte y la esperanza.
Salir a campo abierto entre la paz
que esparcen álamos y sauces
donde la victoria intransigente
de la muerte se funde en el abismo
intemporal de nuestro absurdo.

Vivir volviendo la cara a los recuerdos,
destituirlos como salvaguardas del presente
y estar pendientes de las simples cosas
dispuestas en los linderos de la tarde
donde la vida nos convoca... nos reúne.

V

Levantarnos desde la nada
para regresar al polvo
es una historia oscura
contada sin voz a la orilla del derrumbe,
palabras que se secan como la
fría mordedura del rencor
en la hora del acoso,
como aquél que viene a recoger
el vacío y se regresa solo
con el asombro hecho polvo
entre las manos.

Descubrir a cada paso la huella
dejada como ausencia en los lugares
donde pusimos como trofeo todo el entusiasmo,
volver el rostro y vemos contra el tiempo
repitiendo viejos ritos indolores.

Contemplarnos destituidos de la eternidad
que desdeñosa nos contempla
ausentes al ritmo y la palabra,
irnos prestando como quien renuncia
a descifrar sus sombras
—herida crepuscular que nos arroja
al pozo de los remordimientos.

VI

Para entrar al día son precisos
la saludable risa,
la lengua con que hablamos
y los ojos —incendio de brisa en la mañana—
con que nos devuelve su verdad el mundo.

Caminar buscando la clara voz de la mañana,
dispuestos a rebautizar las cosas.
Desnudos tomar a cuenta propia lo que la lluvia
dice,
irnos sumando a los pequeños,
intransferibles desenlaces cotidianos.

VIII

En el fervor redondo de la tarde
el verano retrasa su llegada,
son las 6:15 en el paisaje
y es extraño sentir la sensación
de ausencia que acompaña al otoño,
saber que otro final se ha ido
en las láminas de invierno
y que es el comienzo de la vida lo que sigue.

IX

La desnudez nos reincorpora a otros tiempos.
Un vientre desnudo siempre piensa diferente,
dos cuerpos desnudos nada piensan
son como inmensas cicatrices buscando su
bálsamo en el otro,
cuando un cuerpo encuentra otro cuerpo
la desnudez termina,
hay un paréntesis en que las pieles se aniquilan,
los cuerpos se salvan de la vida
y entran de nuevo por la puerta ancha al paraíso,
las ciudades
dejan en todas las esquinas sus mejores días,
hay un derrumbe que dispersa a Dios y al uni-
verso.

Cuando comenzamos de nuevo a vislumbrar
nuestros nombres en la bruma
es el regreso,
la claridad se cobra a nuestras costas,
de nuevo el tiempo nos somete
la casa establece sus demandas
los cuerpos toman otra vez sus puestos en la
vida.

Entonces Dios vuelve como un hueco oscuro
el cual llenamos de oraciones y súplicas
para no morirnos del todo entre las tapias de la
vida.

Volvemos poco a poco al desamparo,
a encontrar la orfandad en nuestra carne,
Dios nos impone su presencia, dicta sus reglas,
y nos vamos solos a sufrir el pan con el pudor de
nuestra
frente.

XI

Caminar vestido de augurios
entre las leves cicatrices del otoño
repitiendo las mismas oquedades
que otros van repitiendo bajo distintos mundos
allí donde el día y el deseo florecen
paralelos al desvanecimiento de las hojas,
pero siempre atentos al amor que nos regrese a
la salida
nos ponga a salvo de las calles,
de los lechos donde pasa el tiempo
dejando el malestar de la nostalgia,
la luminosa ceguera del cansancio.

XII

Cuando no sabemos qué hacer con la mañana
y el día es un
cúmulo de vacilaciones
y no alcanzamos a saber por qué nos duelen
el tiempo, la camisa y las entrañas
y no entendemos por qué escribir
nos cura un poco de la muerte;
y se nos entume el alma de tanto saludar
y hay un ruido que nos jala
de las calles a las camas

donde dormimos el duro sueño del insomnio,
y no sabemos que el viernes nos rodea
con su canto de sirenas
empapando nuestros cuerpos
de pequeños trozos de sábado y domingo
para regresar con nuestro hijo pródigo a la es-
palda
sumergidos en una batalla interminable
de ausencias y abandono,
carcomido el corazón de tanta despedida.

XIV

Algún día llegará el invierno
y para no estar solos inventaremos buenos
vecinos
que se preocupen por nosotros
e iremos, muy arropados,
a pedir por ellos a la iglesia frente al parque
antes de que la muerte nos diga toda la verdad.

Enrique Cortázar. (Chihuahua, 1944). Ensayista, narrador
y poeta. Autor de: *Mi poesía será así*, *La vida escribe con
mala ortografía*, *Mientras llega la claridad*, y *Un suicidio
aplazado*. Actualmente es coordinador del Consejo Muni-
cipal para la Cultura y las Artes en Ciudad Juárez.

ALFREDO ESPINOSA

Mirando pasar el tren

es bueno tener a dónde ir en dónde descansar
desabotonarse la camisa aflojar el cinturón
quitarse los zapatos relajarse
mirar pasar el tren de los días

soy el de los parques
el que miró el alba las estrellas
para atestiguar titilando los milagros del día
el que de pie como farol apagado se encendió
al sentir las tibias aguas de los perros
soy el íngrimo
el que entró a los templos
con el hueco que deja dios al irse
y se encontro con el frío material de las imágenes
el bobo de las vidrieras
el insomne transeúnte siempre sospechoso
por mirar tan largamente al desnudo maniquí
soy el de la taberna el solo el del rincón
el que tropieza en el vino con el atormentado
espíritu de los poetas los parias y los suicidas
el del burdel el que busca una mujer
con tetas así de grandes el que no tiene
para pagar y regatea el precio hasta la lástima
el que en la pocilga del hotel no puede
pero llora tanto y descansa que le parece
haber eyaculado ángeles

soy el herido del tiempo el pasajero inmóvil
el que mira pasar el tren de los días

Los viejos

cubierto aún con la sábana insomne
solos en las plazas
como estragadas esponjas de sol

los viejos

con todo el tiempo para ellos
(el que les queda)
alimentan a los mansos pájaros melancólicos
con las migajas de sus recuerdos
para que no olviden ese canto
aquel que un día y para siempre
los hiciera fundar la vida sobre un escalofrío

escuchan el mismo gorjeo otra vez
como un borracho con la misma canción
y el mismo nombre el mismo nombre el mismo
que tanto han llorado.

Ezra Pound y yo

no canté a las muchachas
que pasan
a la patria que permanece
distinta
—los sueños que se entrechocan
y se trizan—
canté lo perdurable:
intenté escribir el paraíso
en el pétalo quebradizo del final del siglo
dejé que hablara el viento
sin moverme
que pasara el río
perdí mi centro
—todo el que elige se equivoca—
peleando con el mundo

que los dioses nos perdonen
ezra
y todos los que amamos
por lo que hemos hecho
por lo que hemos hecho

Autorretrato

hace tiempo que el tiempo que soy fluyó
pariéndome con sólo tentar mi espíritu

desde la foto un extraño me sonríe:
el muchacho que fue mi mejor invento

padecí el perverso gusto por lo oscuro
y un corazón cuyo enigma me entretuvo

viví en el ansia de preguntar lo mismo
de desentrañar la muerte en acertijos

pozo de años mi cuerpo en que sepulté
juntos al que fui y al que pude haber sido

hace tiempo que el tiempo que soy fluyó
hoy tiempo soy que se estanca y me pudre

Hoja en blanco

sobre esta hoja en blanco
arrojo mis palabras
como piedras sobre un lago quieto

rompo mi imagen reflejada
y en ondas concéntricas se extiende
para que alguien en la otra orilla
con el cántaro de sus manos
algo de mí recoja
y me beba
sin reconocermé.

Los trabajos del desierto

desierto eres
y en desierto te convertirás

&

todos los caminos van a dar al desierto
que es el morir

&

entonces vio que era pequeño
tuvo miedo y creó a dios
supo que estaba en el desierto
e inventó el mar

I

como mala yerba
en el desierto crecen
las metáforas del mar

II

el sol preña al desierto
con los espejismos del mar

III

no son barcas maltrechas o varadas
—ni nosotros fantasmas que zozobran—
son los pueblos que habitan el desierto

IV

cuida navegante del desierto
que no te pierda la ilusión del mar
cúbrete los ojos y recuerda
que el mar es el delirio de la sed

V

aquí murió la leyenda del mar
y el desierto es su esqueleto

VI

si fabuladores y poetas
dicen que el mar es enigma
yo en los ojos de una mujer lo vi:
y digo que en el fondo
como epitafio indecifrable
yace el desierto

VII

a lo lejos el mar
¿o es el desierto?
no importa:
ambos espejismos
te matarán de sed

Alfredo Espinosa (Delicias, Chihuahua, 1954). Narrador, poeta y ensayista. Autor de la novela *Infierno grande* (1990). Compilador junto con Rubén Mejía de la *Muestra de la poesía chihuahuense*. Premio Nacional de Poesía Gilberto Owen 1991. Estos poemas fueron tomados de su más reciente libro, *Desfiladero*. Radica en Chihuahua.

MIGUEL ÁNGEL CHÁVEZ DÍAZ DE LEÓN

Amo pues a nadie

Ellos están secos y no entienden
que una fotografía puede cambiar el rumbo de
mis manos
amo y no me aman
(dice Borges que esto es una desgracia de infinito)
puede ser que sólo ame a un fantasma
o a una mujer que sólo siente el mar cuando lo mira
o sólo a una gran cabellera de Diosa
La vida pasa pues como un coche de bomberos
que se enfrenta a la llama
tus ojos me tumbaron y caí sin regreso
mis pájaros de tinta y mis zapatos ya no saben
hablar entre

[comidas

amo pues a nadie
a una mirada con rayos de felino
amo
el contorno de un cuerpo que no es mío.

Los hombres que alucinan

La lucidez rodea mis manos
en algún paraíso se muerde la manzana
yo reconozco en vacías convulsiones a los ángeles
estoy subiendo al cielo
estoy en un bar
en la calle hombres con biblia en las manos
hablan del génesis
de la ruptura de la tierra
del arca de Noé y sus concubinas
de los pecados que cometemos a diario hablan
y parecen vendedores de remedios caseros
Aquí adentro la paz del señor se discute en una barra
entre las piernas de la muchacha
que sirve la cerveza
entre las discusiones de los hombres
que alucinan
viendo pasar los días.

Las carreteras son buenas para hablar a solas

Destruye con cuchillos estos trapezoides de agonía
da vuelta a esta hoja de novela negra
acábala rompiendo tu ropa íntima da la señal
la carretera es buena para hablar de mujeres
tu cuerpo vuelve a hablarme de tardes melancólicas
de cuando entramos a restaurantes de mala comida
cuando miramos la ciudad como un obstáculo
el juego de las piernas se quedó suspendido
otras aves acudirán a tu llamado
en qué lugar tus dientes avisarán de la ternura
los periódicos predicen malos tiempos
jugadores de tenis son acusados de maricones
en el boxeo siguen cayendo ojos y quijadas
yo acuso a tus ojos de tanta poesía
a tu humedad de trópico la culpa de placer
¿no reconocen tus muslos besos de borracho?
en la calle aviones de guerra se venden en los aparadores
mujeres obreras saludan a íntimos amigos
tu cara está tratando de ubicarse en uno de mis ojos
en mi bolsa queda medio dólar
para comprar cigarros
desconozco ahora el lugar donde estás
la carretera es buena para hablar de ti.

La poesía ya no suele asesinar a alguien

Escribo ahora que odio y amor
juegan barajas en mi costado
viejas armas atacan pedacitos de nostalgia
perdidos en mis ojos
mi aliento es un aliento descompuesto
mis propios huesos sueñan con los tiempos
donde la mariposa era simple tatuaje
nunca más escribiré cartas a los desconocidos
trato de mantenerme duro
como un héroe de la televisión
y a cada momento hablo de las tardes de frío
escribo convencido de la debilidad de las palabras
la poesía ya no suele asesinar a alguien

escribo
pensando
en mis habilidades para el sueño.

Desde un puente alguien escribe una declaración de amor

Avanza el tren en media tarde
con la tristeza de los enamorados de las vías
manos de mujer
muros deteniendo suspiros
el tren avanza
un saxofón elegante arroja amor en su sonido
palomas negras rodean teléfonos y arbustos
la calle Ferrocarril es una ceremonia
muchachas uniformadas analizan cuentas e
inversiones
un Banco es señal de progreso
y un Billar lanza carambolas al infinito
la máquina 20-20 pita en contrapunto
un hombre vende mariposas
en la esquina y otro enciende un cigarro
los vendedores de periódicos usan abrigos grises
la calle es una historia cotidiana
crónica del insomnio
crónica de amor y tocamiento
crónica de saxofones callejeros
taxistas gordos atentos
saborean revistas pornográficas
vagabundos eróticos
le hablan a Dios desde las bancas
en reposo una mujer abre un telegrama
y recibe noticias de su amante
en un edificio de cristal
el aura vuela devorando sueños y silencios
desde un puente alguien
escribe una declaración de amor.

Blues en ele eme para saxofones cosmopolitas

Los locos se miran a los ojos y se untan lodo en
las mejillas
se aman fuerte como dos enemigos
la tarde se acuesta encima de los autos
en el horizonte palomas dibujan hilos con su
sangre
las licorerías venden alcoholes importados
por teléfono una mujer dice injurias a su media
naranja
los parques de la ciudad respiran desolados
tus ojos LM anuncian lluvias
potentes animales desfilan por las azoteas

¿quisiera hacerte una pregunta,
los grandes autos serán serenos y tu amor qué?
amor amor es cosa de silencios y miradas
es cosa para saxofones cosmopolitas
te amo putita encabronada mía
la tarde y la noche son purísimas imágenes
por las ventanas gatos babilónicos ronronean
cánticos de negro
polvo serán la policía y los juramentos junto a los
altares
¿Nena no escuchas el mar que viene del ponien-
te?
nena tomemos cerveza
y digamos a la ciudad que la amamos en secreto
digamos que nuestro amor es un verso de Blas
de Otero
muchacha ven a contarle al mundo
de mis lágrimas y mi pequeño humor
detengamos el reloj los lunes
y vámonos en tren a recorrer tu cuerpo.

Aquí se habla de cangrejos que dan la vuelta al mundo

Te beso desde este cuerpo azul
y estas manos de helio
juntos están los barcos que partirán
llevándose las historias que ahora se repiten
el mar vuelve a ser nido de ángeles
y la carretera te llena a ti de trapecios y números
estamos hablando de pescados
de cangrejos que dan la vuelta al mundo y
cambian de color
tus ojos de pintura marítima
arrojan redes y cae el sol hundiéndose en el
líquido
marineros tatuados hablan de maldiciones
sogas nudos y manos construyen el destino
y la serena quietud de las palmeras
me recuerda
tu forma de dormir en hoteles
y tu cintura
y tu espalda
y tus senos
son los elementos del sueño único.

Tu cuerpo será un pájaro componiendo la noche

Desde la arena fugitiva
que anuncia a mi ciudad
estoy dibujando tu cuerpo con el aire
dilatada serás como una brisa

como un dedo de Dios
señalando el manzano y las aguas
breve será el color y ancho el brillo de tus ojos
tu cuerpo será un pájaro componiendo la noche
yo soñaré con peces algebraicos
y la ciudad tendrá motivos
para esperar la lluvia.

De quien

Alguien vende monedas de plata
y yo empiezo a dibujarte entre mis dedos
mi boca está asustada de no tener tu piel
yo le doy consejos de vecindad
trato de explicarle soluciones trigonométricas
y entre coseno y tangente
pregunta por tu nombre
En dónde diablos te me caíste de los pantalones
en qué descuido te dejé olvidada en algún bar,
de quién son estos ojos que me sobran
de quién es este amor
qué descompone trapeacios y cuchillos
amor que lee periódicos y sueña con el
trópico
de quién chingados.

Vhala blues para saxofones

Cigarro tras cigarro
golpes de vida proponiendo sueños
geografías marítimas
avalan taciturnos espejos
En el bar del sótano
piano mujer señalan el espacio
restaurantes cerrados y borrachos de siempre
adornan callejones
un saxofón duerme junto a mis pies
y respira por mí
sombbrero café detiene amor y suelta versos
conocidas calles y bares tiernos
soportan nuestro paso
Vhala tiene en los ojos los principios de Heráclito
las mariposas que Mauricio Babilonia besó
su rostro debe ser salvación de suicidas
La carretera vuelve al lugar amoroso
cerveza oscura tiene fresca la espuma
saxofón esotérico llora por la vida
perros y gatos sin nombre son notas musicales
Vhala tiene mi última neurona fugitiva
la casa de los locos sueña
y saxofones lúdicos
son preludio de encuentro

Vhala blues
entra nota y sale ritmo cabeceando la tarde
Vhala blues se extiende en un paracaídas
deteriora las ásperas fragancias del pez
Vhala blues es un motín femenino en sí misma
mujer de altos senos
con fragancia de uva
Vhala reconoce a los hombres
que se irán al infierno
la ciudad y ella calzan el mismo zapato
blues blues para vhalas y su araña erótica
Vhala muchacha y su cuerpo de cien lunares
y bailador de sonos
Blues blues para ilustrar un rostro
blues blues entre Buchanan's en las rocas
Vhala blues es un discurso indomable
una canción para el desierto desolado y
cachondo
una melodía para saxofones
que están en mi pulmón
blues blues de escarabajos inocentes
Vhala blues para saxofones.

Magaly

Magaly me forma cuadros en la mente
mirada de asesina sobre mi piel
astuta zorra del campanario
se desnuda
bebe cerveza
y habla inglés con los turistas
Magaly es una muchacha que baila tres
canciones cada dos horas
se mueve mueve y humedece mis manos
espejos luces y música son edén nocturno
Hoteles que se caen
restaurantes con cocineros negros
Magaly baila y traduce deseos de parroquianos
ajusta el encuentro de la mirada con la carne
conserva historias y retratos de cuando era
señorita
y un zapato ortopédico.

Miguel Ángel Chávez Díaz de León. (Ciudad Juárez, 1962). Autor de *Este lugar sin sur* (Joan Boldó i Climent/UAZ). Los poemas aquí presentados se tomaron de libro *Vhala blues para saxofones* (Joan Boldó i Climent Editores/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, 1991).

JORGE HUMBERTO CHÁVEZ

Ella lleva en sus manos

Ella lleva en sus manos toda suerte de incendios
tiene los ojos oscuros como las cerraduras de mi
corazón
negros como el revés de los veranos
ante su firme paso no puede haber barrera que
detenga su avance
el oeste arranca destellos amarillos a la espada
de su frente
así se hace visible
trae consigo la voz que hará girar las puertas
mi vida sopla ciega en grandes globos incólumes
algo orilla los días hacia un lejano fin
al momento se cruzan las palabras no es-
cuchadas por nadie
ella en sus manos cuenta extraños símbolos
sueños.

Desde entonces

Desde entonces una antigua música asalta mi
fatigado

[corazón

cada vez que cruzo una nueva ciudad cada vez
que un río

[lluvioso crece

alcanzo a ver los obstinados signos que de las
puertas borran

[los otoños disímbolos

oh ciudades

en todas ellas diciembre descorre un cortinaje

hay una puerta como un lento bostezo un
mar amargo
ruinas

hay un olor de tierra húmeda que descubre
el silencio amarillo de las calles que es su
voz

su antigua voz que anuncia desde el espejo
de las épocas
con una música que reposa en mi dormido
corazón

que ya muy pocas cosas pueden hacerse
aquí

que somos otros ahora que hemos muerto.

Muchacha que mira la lluvia desde el puente

Llueve

—afuera una muchacha
mira el vacío en sus ojos repetirse—
sobre aceras larguísimas la ciudad en su centro
es una abierta dispersión de luces en ellas está el
rostro

que aguarda el paso próximo el amor condenado
a mirarse y a

[mirar

como las aguas lavan la huella de las voces los
contactos efímeros

—y tú paseas tu tarde tus ruinas tu quebranto—
mientras en la

avenida

hombres grises desembocan con los brazos en
cruz en sus abrigos

[llevan el rumor

oculto de los siglos las ciudades el polvo
cabelleras que esperan

el calor de la mano que habrá de aparecer feliz y
de improviso

a espantar la edad y el nombre de las cosas la
misericordia

escasa de la luz en que memorias y días entablan
la alianza el precipicio y la baranda húmeda

donde esta muchacha se reclina y ve caer

—yo estoy aquí y estoy también perdido—
la lluvia.

Ella ciudad

1

Nada parece no pertenecerle: todo lo puebla:
el tiempo, el cargamento del día
y las pisadas mínimas de aquellos
que oscuros la fatigan. Todo a ella conduce,
llegan hasta la móvil frontera de sus ojos
—alto faro en los puertos de la tierra—
quienes navegan siempre.

De las ocre colinas donde se tiende el rayo
del sol, de las pétreas calzadas,
a través de obstinados desiertos,
y por las avenidas que a cada instante el mar

reelabora y destruye

se escuchan unos pasos
que sumados a todo el movimiento del mundo
le avisan que ya estamos aquí,
que al fin nos tiene.

2

por las demarcaciones que edifica el azar
y en la cambiante cara del tiempo

los roces

de la vida se escuchan
aquí -signo menor de claves eternas y no oídas-
dirijo la mirada hacia adelante y observo
la continuación de los caminos

el próximo

destino que se habrá de romper cuando decida
dar el siguiente paso
y adentrarme en tu antiguo pecho donde vagan
cercados por los minutos y el frío polvo de siglos
confundidos y siempre presentes

alternándose

lo terrible y la luz

3

El Seno, playa a la que se acercan a proferir la
última palabra los condenados del naufragio.
Los Brazos, vasto raíl que guía los actos y las
caras
a un pasado que aguarda inderrumbable y nos
mira.
Los Ojos y La Frente: la parte alta del mundo
y el centro del incendio.

Quevedo

Hace ya cuatro siglos que nadie ve a este hombre
como nosotros firme en su trabajo
«vencido por la edad»

Ahora su polvo frágil desemboca de nuevo
sobre la misma ciénaga
y el paisaje de cerros y de ríos que una vez
admiró lo circundan en su cambio
Quizá un poco más viejos los hombres
un poco más pulidos los suelos que su paso
en su tiempo cruzó
todo un poco más tarde
pero un igual afán de estar entre nosotros
el mismo miedo a toda manera de morir
a abandonar el árbol y la nube para siempre

la luna.

Las estatuas de sal

Entonces ellas voltearon a mirar un sol
estrellándose contra el horizonte
a cámara lenta la nostalgia y la historia
la primera escritura
los imperios que irguieron en su vasto mandato
el destino y la necesidad
el primer gesto de amor y hasta el último crimen
La tristeza llenaba esos ojos de sal
como una enorme jaula
donde tendrían cabida todos los cataclismos
la entera colección de tragedias del mundo
Yo les di la espalda y me propuse
avanzar más allá de las colinas sin volver
en mi empezaba a fraguar su trampa ociosa la
vida
con su átono poder su impulso doblegante
Asomaron los signos erráticos del mar las claves
de la entraña

de la tierra

asomaron estrellas nuevas desconocidas sopló
un viento ligero

eternizándose

ellas se quedaron allí
nada había ya en sus ojos y el mundo sucedía

Leit motiv

Yo he visto desangrarse sin prisa a mis mejores
amigos. Escribiendo la vida, con sus manos
escalar poco a poco la palabra.
Este duro adentrarse en la memoria,
este vano crujir de dientes en las altas
esquinas de la noche, no me deja
dormir, cerrar los ojos. Mis amigos
penosamente avanzan en la página
que convoca a las sombras, a la muerte,
a la más débil luz de la tarde ya en tránsito.
Y al terminar, cansados, la tarea,
los he visto arrumbarse en los rincones:
sufren
el espejismo de la palidez
tantas veces amada, la nostalgia de un cuerpo.
Y en su hablar recóndito,
allá en la última sala del insomnio
acecha el mismo rostro, el terco nombre
que espera recobrar a su habitante.

Jorge Humberto Chávez. (Ciudad Juárez, 1959) Autor de *Nunca será la medianoche* (UAZ-Premiá, 1987). Premio Nacional de Poesía Colima. Los poemas aquí presentados pertenecen a su libro más reciente *La lluvia desde el puente* (Joan Boldó i Climent Editores/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, 1991). Reside en Ciudad Juárez.

VLADIMIR TÉLLEZ

FOTOGRAFIA

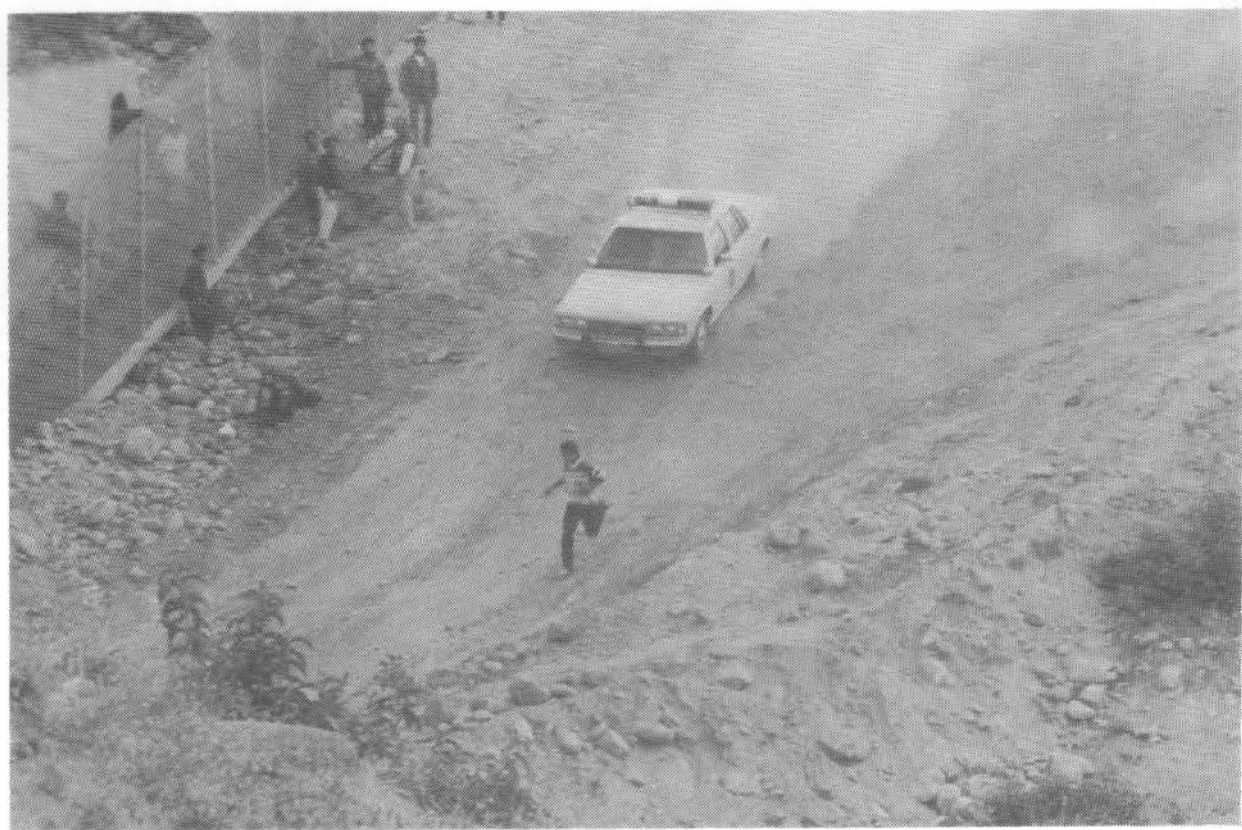


teporocho frente a la farmacia

Vladimir Téllez Montaño. Originario de Hermosillo, Sonora (1965) reside en Tijuana desde 1973. Ha colaborado en *Nexos*, *Proceso*, *México Indígena*, *Hojarasca* y *Cultura Norte* . Actualmente es becario de Conaculta. El Programa Cultural de las Fronteras apoya el proyecto de fotografía del cual presentamos algunos adelantos.



reja en la línea fronteriza



persecución en el bordo



bajando el bordo



persecución en Imperial



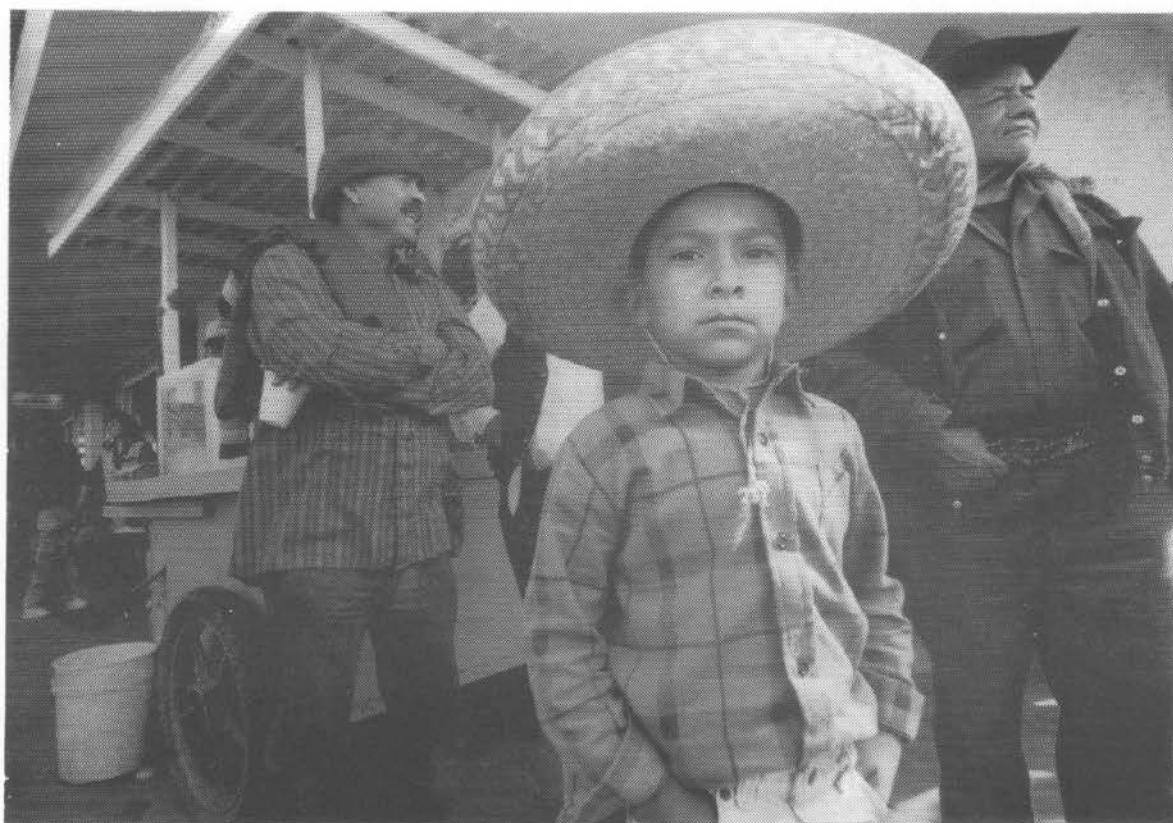
calle cuarta



frente a la central camionera



primero dios y malverde



quién fuera Pedro Armendáriz



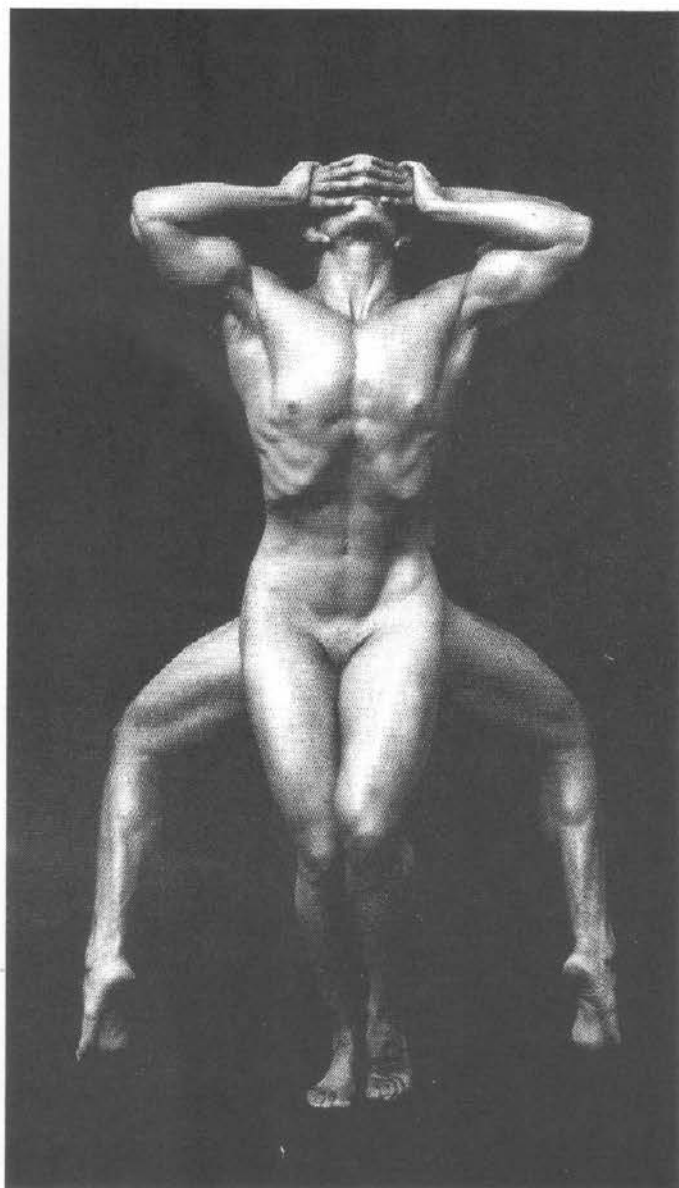
día de muertos



colonia obrera

LA CIUDAD: COLLAGE DE ENCUENTROS

GUILLERMO SÁNCHEZ ARREOLA-CARLOS FABIÁN SARABIA
GABRIELA POSADA DEL REAL

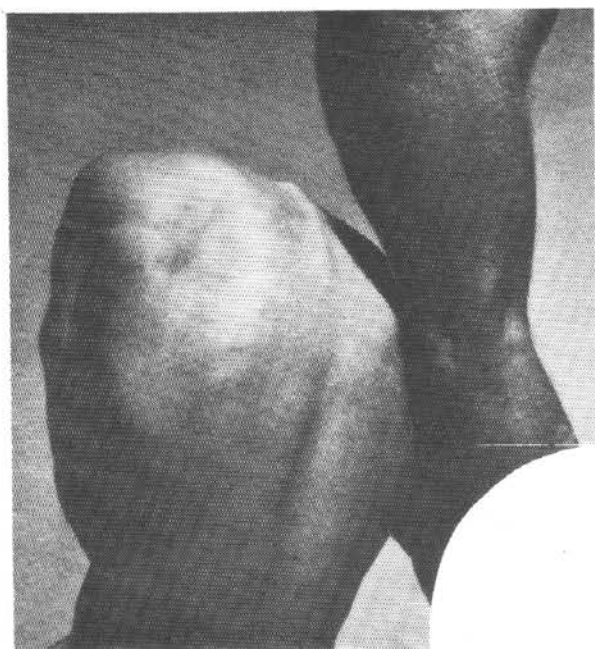


¿QUIÉN NO AMA A BOB PARIS?

Guillermo Sánchez Arreola

A DIFERENCIA DE ARNOLD SCHWARZENEGGER, LOU Ferrigno, Hans Lundgren y el resto de los *bodybuilders* más cotizados del mundo, Bob Paris (¿quién? Bob Paris) posee un rostro dulce y varonil a la vez y un cuerpo al que ha sabido mantener alejado de lo grotesco; pero, al igual que Madonna y Bart Simpson, Paris es uno de los seres más monstruosos que ha creado la sociedad. (¿Cansado?, ¿no? Entonces prosigamos). Es casi imposible concebir un solo templo de la salud y la transpiración en el que el diálogo con el espejo no sea exacerbado por una gigantesca fotografía de esta apacible belleza que en un abrir y cerrar de ojos ha puesto a sudar a millones de seres humanos. Ahí está La Perfección Hecha Carne mirando provocativa y despiadadamente, desde el umbral del mito, a gordos y flacos, a embarnecidos gracias al *muscle plus*, a aspirantes a modelos y a (perdón; sólo para recordarte que la última vez que dormiste fue durante cuatro horas) aspirantes a aspirar cualquier cosa; a hombres y mujeres entregados a la tortuosa misión de ser sanos y tocar, aunque sea de rozón, uno de los dedos meñiques de Afrodita. "Sí, Bob Paris es un ser monstruoso, un ser monstruoso", te repites mentalmente mientras insistes en pedalear a más de veinte kilómetros por hora, y observas al muchachito de peso completo que, apenadísimo al escuchar el coreo de ¡piensa en tu novia, gordo, piensa en tu novia!, amenaza con desvanecerse junto con las treinta libras de acero que le impone su rutina. ¡Rutina. ¡Qué importancia llegan a tener ciertas palabras! (¿No lo habías notado?, ¿no?) Pero tú, ¿podrás lograrlo?, ¿podrás?

Desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche el gimnasio es el lugar idóneo para deleitar la pupila, para presenciar la venganza del cuerpo por los ajetreos que le hace pasar la inútil vida. (Oye, ¿por qué mejor no escribes una crónica sobre El Bordo o la Avenida Revolución? Algo que, digamos, el lector pueda identificar más rápidamente en el mapa nacio-



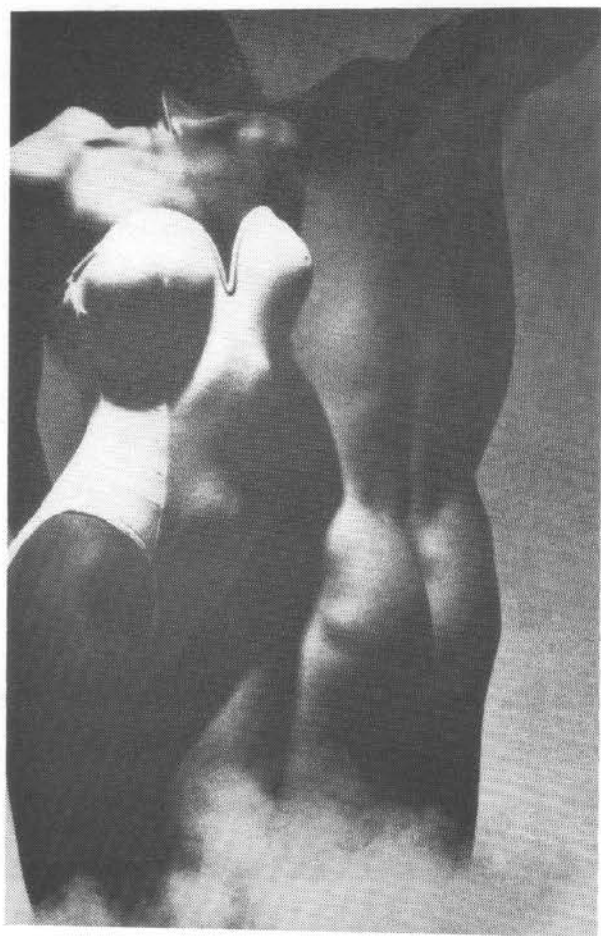
nal). He aquí el escenario: sobre un telón de espejos se representa el desquite del músculo contra la flacidez, las toxinas y la grasa. La escenografía la complementan los posters de Schwarzenegger interpretando a *Terminator*, Hans Lundgren en su papel de policía en *Come in Peace* y Bob Paris como, por supuesto, Bob Paris. Funge como réferi nada más y nada menos que la señora Energía, y como límite de tiempo: la Fatiga, quien a su antojo manipula las manecillas del que nada perdona. (¿Aún no te convences? Bien). Decía que el gimnasio es el sitio donde el amor al dolor se riega con la ilusión y la promesa de la plenitud física y mental ¿qué promesa más valedera que una fotografía de Bob Paris?; es la recompensa por sacarle la lengua a la realidad, o, mínimamente, la última posibilidad para quien de plano no puede ligar nada afuera. En el gimnasio (de acuerdo, de acuerdo, el *gym*) la noción de felicidad se pasea de lado a lado con tenis L. A. Gear, guantes de cuero, ajustadísimas camisetas y pants o shorts de licra. Posa frente al espejo, nos guiña un ojo, coquetea, sonríe, y entre posar y posar va dejando al descubierto su estrecha relación con el liberar de su letargo a la masa muscular, con el método apropiado de respiración, con el yogurt, el germinado de alfalfa y el bagazo de naranja, que no con el jugo.

Aquí, los cuerpos se mueven, intentan acoplarse al ritmo de la música, gesticulan para sí mismos, gimen, reposan, y vuelven a adquirir movimiento: hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia abajo, hacia arriba. (¡Y tú que decías que la vanidad no podía contaminarte!). Los cuerpos se disputan el derecho intransferible de usar los giros, de columpiarse en las barras, de jalar poleas; se disputan el tiempo, el espacio, el derecho de ser a-trac-ti-vos. Los cuerpos se buscan; encuentran su reflejo y en su reflejo se retan: se creen.

Pero tú, dime, ¿podrás lograrlo? Tú, que desde la primera vez que penetraste en este sacro recinto llegas corriendo sólo para darte cuenta que ya te ganaron la bicicleta estática (tu favorita, de la cual no has podido pasar), que hay que esperar de nuevo. Tú, que todos los días entras en el vestidor sin atreverte a mirar a los cuates que juran que ya la hicieron, a los que sienten que ya casi pueden mirar de frente a la Perfección Hecha Carne (luego dirás que si esquivas la mirada es por timidez y no por miedo a las comparaciones). Tú que, como siempre, finges indiferencia cuando el instructor te recibe con una sonrisa y te ofrece una cinta para medir músculos (acción esta última a la que sigues calificando de sádica). ¿Listo, campeón? ¿Listo?, te dice. Sí, aquí nadie tiene nombre, (y si lo tenemos no importa). Aquí todos somos campeones: campeones de bíceps, de abdomen marcado, de levantamiento de pesas, de sentadillas, de espalda. Y la tipa sudorosa que hace girar su cuerpo frenéticamente, ¿de qué será campeona? Y en el fondo de este lugar, ¡qué descaro el de esos tipos, no se cansan de pavonearse!

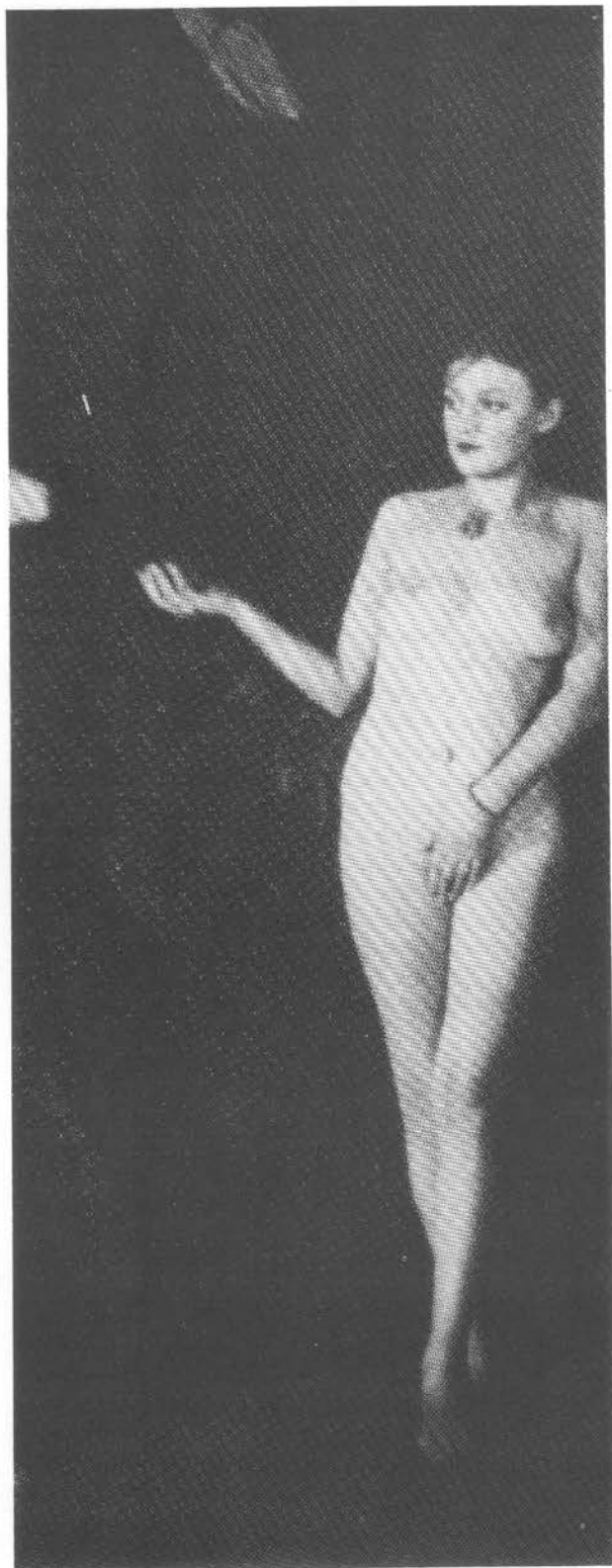
Y tú, cómo aceptar que no estás hecho para las destrezas y que el tabaco y las abdominales son como líneas paralelas en el horizonte. Y tú ¿podrás lograrlo?, piensas mientras bajas por las escaleras y prendes un cigarro ○

Guillermo Sánchez Arreola. Editor de El Colegio de la Frontera Norte. Pasante de Letras hispanoamericanas.



Musas de la Nueva Rue

Carlos Fabián Sarabia



Enciendo un cigarrillo mientras me observas, he llegado a las cinco y estoy peinado, para la ceremonia de tus observaciones.

Incurable, David Huerta

EN AQUELLOS AÑOS LAS PUTAS MÁS CODICIADAS eran las de la Nueva Rue; ese piano bar que conoció su esplendor a principios de los ochenta y que se encontraba ubicado en el corazón de la Avenida Revolución, frente al inmenso galerón del Jai Alai.

Un día la Rue fue cerrada, o clausurada, para el caso daba lo mismo, y los clientes que ocasionalmente frecuentábamos el *Yaly*, un pequeño *coffe shop* contiguo al bar, prescindimos del espectáculo que a diario nos ofrecían las despampanantes meretrices que, provocativas, se deslizaban al interior del reputado lugar.

Era curioso presenciar la incesante caravana de carros que llegaban frente al bar trayendo a las trabajadoras nocturnas. Taxis y carros particulares aparecían en procesión uno tras otro en cuanto la oscuridad se anunciaba. En los corrillos llegó a afirmarse que algunas de las muchachas eran traídas por sus propios esposos a laborar en el oficio más antiguo del mundo. Circulaba también la versión, que nunca comprobé, de que algunas prostitutas del lugar eran durante el día respetables empleadas de banco, solícitas secretarías ejecutivas o muchachas clasemedieras que aspiraban a mejorar el menguado salario que recibían en sus trabajos "decentes".

Recuerdo que no fueron pocas las veces que nuestra lectura de sobremesa, en algún rincón del café, era interrumpida por la intempestiva presencia de las chicas de la Rue, quienes acostumbraban tomar café en el *Yaly* antes de entrar a trabajar. Jactanciosas, platicaban con la mesera en turno sobre nimiedades cotidianas, al tiempo que festejaban socarronamente las bromas que el afeminado y diestro cocinero era dado en hacer.

Debo reconocer que siempre me sorprendió el donaire con que se comportaban algunas de ellas. Con modales apegados al *Manual de Carreño*, aparecían vestidas con elegancia y, sesgadamente, miraban a los escasos cafeteros que las observaban a su vez abstraídos, entre los que se distinguía por su asiduidad, un club de vejetes que de tarde en tarde se daban cita en el café para platicar de negocios, con esa animosidad y despreocupación que dan la seguridad económica y los años vividos. Éstos, sin disimulo, escudriñaban las hendiduras de los pronunciados escotes de las muchachas. Devotos modelos del fisgón moraviano, posaban su vista insistente en los prominentes derrieres acentuados por los sugestivos vestidos que éstas usaban, provocando que los sexagenarios cuchichearan sobre tal o cual particularidad de las muchachas que más les llamaban la atención.

Estas escenas fueron cotidianas por mucho tiempo. Un día, a altas horas de la madrugada, la cocinita del *Yaly* explotó; el café se encontraba cerrado al público



y el incidente por lo tanto no cobró víctimas. El lugar cerró y no volvió a abrirse; esto prefiguró un igual destino para la Nueva Rue que, desconozco las razones, desde entonces quedó también fuera de servicio.

Poco tiempo después nos dimos cuenta de la apertura de un vistoso lugar llamado México Lindo, en la calle Séptima y Revolución, y fue un secreto a voces que las prostitutas de la otrora célebre Nueva Rue habían emigrado al inaugurado antro en busca de bélicas porfías. Para muchos esto fue motivo de agrado y suspicacia, pues al ir ganando fama, el lugar fue siendo objeto de culto para trasnochados y amantes del voyeurismo soterrado. Fue entonces cuando se corrió la voz sobre ciertas rifas *sui generis* que se realizaban en tal lugar, donde por diez dólares el ganador se llevaba con hotel incluido a la(s) chica(s) de la noche.

Pronto, las cortesanas del México Lindo fueron ampliamente recomendadas entre el sector masculino. Esto aumentó el interés por el lugar y a su alrededor se formó una cofradía heterogénea de visitantes consuetudinarios, tanto locales como extranjeros. Fue común ver reunidos en amenas veladas lo mismo a discretos norteamericanos de edad madura, ejecutivos tijuanaenses en furtiva cana al aire, árabes regateando siempre cualquier tipo de servicio, así como a prósperos empresarios locales en pleno flirteo con meseritas a las que triplicaban la edad. Grupo aparte formaban los curiosos, que venciendo la inercia moral se aventuraban tras las bambalinas del semioscuro lugar, como es mi caso este sábado de medianoche, que me adentro a atestiguar la vitalidad de estos paraísos artificiales

que noche a noche proveen de fantasías al erotómano que todo mundo lleva dentro. Pienso esto mientras observo la densa atmósfera que envuelve el reducido espacio del cabaret. Apostado en una esquina de la barrita de madera, trato de distinguir entre el humo casi sólido de los cigarrillos, las distorsionadas siluetas que deambulan por el atestado lugar.

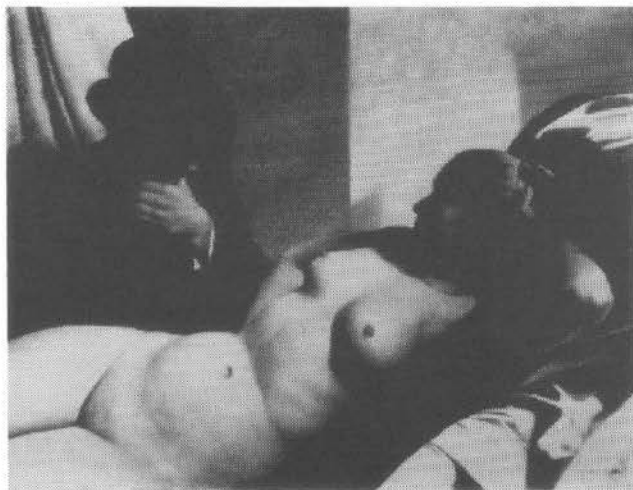
Las atractivas chicas intercambian indolentes miradas con todo mundo. Sopesan con profesionalismo la potencialidad de su clientela. Saben su oficio y es evidente que, sin proponérselo, reivindican con naturalidad la fórmula kunderiana —quizá sin haber leído al escritor checo—, “haciendo de la coquetería una promesa de amor sin garantía de coito”.

No otra cosa concluyo de la procacidad de Marcela, al parecer la prosti más admirada del México Lindo. Provista de la bisutería *ad hoc* se exhibe con beneplácito ante el numeroso séquito de cortejantes que le salen al paso: minúscula minifalda de terciopelo negro, medias negras cuadriculadas, melena artificialmente revuelta y tacones altos (High Heels, como la última película de Almodóvar).

Desde hace buen rato noté que el parroquiano a mi derecha ha sucumbido ante el encanto y el marcado fetichismo sugerido por Marcela, quien se contonea en semicírculo alrededor de la barra. Por fin se sienta en uno de los escasos banquitos vacíos. Cruza las piernas mostrando sin recato el color no precisable de la pantaleta que apenas se vislumbra entre los pliegues de la mini.

Mi vecino cuarentón jadea apenas perceptible. Mira con fijeza los torneados muslos de la meretriz y resuelto se dirige a ella. El escéptico barman intercambia una mirada de indiferencia conmigo. Simple rutina. Ya es viejo y está hasta la madre de estos tiempos poquiteros en que el “ambiente” se ha venido a menos. Volteamos simultáneamente y ya la pareja ha desaparecido. Lo más seguro, pienso mientras doy el último sorbo a mi vodka tonic, es que en este momento estén cruzando la calle rumbo al hotel León, buscando el momento volátil del amor, a sólo unos metros de aquí, a la vuelta de la esquina O

Carlos Fabián Sarabia. Editor. Crítico de cine. Estudiante de literatura. Coordinador del Cineclub Río Rita.



La Plaza

Gabriela Posada del Real

DÉCADAS QUE CONVERGEN EN UN LUGAR COMÚN. Fiesta moribunda. Plaza determinada por los días, las horas, los rostros de sus huéspedes en espera de una noche más incierta que la anterior. La Plaza es una ínsula de asfalto. Callejones deshabitados donde sobrevive el elegido por el "vago azar", la coincidencia de unos cuantos.

La Plaza está de moda. La Plaza está de muerte. La risa deambula por sitios que cambian de nacionalidad. Alternativa lógica para noctámbulos predecibles.

¿Clientes?, ¿personajes?... Como la niña con cara de enano, vendedora de rosas fluorescentes. El intérprete de Joan Sebastian, sin más compañía que su piano -paisaje- que roba efectos a las olas. Desaparecidas "bailaoras" de flamenco. Lánguidas odaliscas sandieguinas. Cantautores que recuerdan el ritmo de "Moliendo café", o piden una "Nicaragua libre" frente a decenas de jóvenes cuyos pies remueven el aserrín con armonía.

Mujeres que esconden el rostro tras el cristal verdoso de una XX, que caminan como ríos a los ojos del que por primera vez visita esta ciudad fronteriza. El saludo fácil, los labios que se obsequian, a intervalos disímbolos, en carcajadas sonoras.

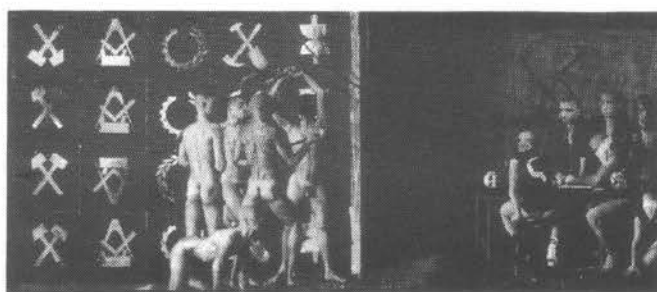
La pequeña provincia de ningún país, fabricada y cosmopolita, donde espera ser visto el *yuppie*. Donde minifaldas de diversas tallas, vestimentas negras, botas vaqueras, trajes, corbatas, morrales y chalecos, conforman un variado ir y venir.

Roqueros de todas las épocas se mezclan, sin saberlo, con comerciantes de vidas, bienes y raíces provenientes de la tarde lluviosa, o de la oficina del piso de arriba.

Las familias, los cumpleaños y hasta las despedidas se dan en el Italiano, a cualquier hora. A la luz de las velas, donde un viejo acordeonista y *Las hojas muertas* se perciben apenas, confundidos cual música de fondo.

La plaza abraza el pretexto de una conversación, un negocio, un encuentro amoroso, una calurosa discusión sobre política, suplementos, literatura, moda o antichilanguismo, ¿qué más da? ○

Gabriela Posada del Real. Trabaja en El Colegio de la Frontera Norte. Pasante de Letras hispanoamericanas en Tijuana. Coordinadora del suplemento *Mujeres entrelíneas* de *Diario 29*.



CUENTOS HURACANADOS. BASILIO TAJADURA

REGINA SWAIN

YO VI A BASILIO TAJADURA CAMINAR SOBRE LA ACERA lisa, iba vestido de civil y traía los pensamientos pesados porque la cabeza le colgaba para enfrente como pera madura. Llevaba las manos escondidas en los bolsillos del saco como si con eso quisiera que nadie se diera cuenta que tenía diez dedos completitos, diez dedos que noche a noche recorrieron un cuerpo suave y aromático, hasta que cada uno de ellos se impregnó del olor a canela que guardaba aquella mujer bajos sus ropas.

Caminaba como si le costara llevar camino y se veía sin trabajo, sin cabello y sin sonrisa. Ya no le brillaban los dientes como le brillaron allá arriba en Mesa del Huracán, cuando jugaba fútbol con los chiquillos e intercambiaba frutas en conserva con la gente del pueblo.

La gente siempre lo quiso, porque era simpático y dicharachero y porque sus treintaytantos años eran más lozanos y alegres que los de cualquier lugareño.

Ella lo quiso desde que lo vio por vez primera, porque tenía los ojos ardientes y porque las palabras le caían labio abajo como leche quemada. Los padres de Laura también lo quisieron, al principio, antes del tiempo de frutas, cuando Basilio Tajadura pronunciaba discursos candentes frente a la iglesia y aun podría haberle sacado la vuelta a esa enorme broma llamada destino.

Laura Palomo llegó al mundo el mismo día que el rayo partió en dos a Don Benito. Nadie sabe qué fue primero, la muerte o el nacimiento, pero dicen las lenguas del viento que desde entonces su vida estuvo marcada por la tragedia. Lo cierto es que Laura nunca se perteneció a sí misma, porque desde su primer día de estancia en la Tierra su padre la llamó "mis ojos", su madre la ofreció a la Virgen y total que para cuando la niña pudo decidir ser o no ser de ella misma ya había llegado tarde a la repartición de identidades.

La familia Palomo era muy respetada en el pueblo porque Don Remigio recogía las limosnas en la iglesia de piedra que la Compañía había construido con el fin de alejar a sus obreros de los horribles demonios de la bebida y la farra que, además de prometer boleto directo al mismísimo infierno, contribuían a crudas y llegadas tarde al aserradero.



La señora Palomo tenía —de tanto andar cerca de las cosas celestiales—, una voz angelical y una disposición tan grande hacia lo divino que había dispuesto que todos sus hijos se entregaran a la vida clerical. Arnoldo, el mayor, había terminado ya sus estudios en el seminario para ordenarse como el sacerdote más joven de su generación y se encontraba ahora haciendo su servicio social en una diócesis cercana, mientras que Refugio, el tercero, había ocupado enseguida la vacante que dejara Arnoldo en la escuela del sacerdocio. De Agustín, el segundo preferiríamos no hablar, porque éste —a pesar de las inclinaciones familiares— mostraba una total indiferencia a los asuntos del Señor y prefería dedicarse a talar árboles conquistar a las muchachas del pueblo.

Por su parte, Laura, que seguía con aquello de no pertenecerse, se encontró de pronto en un convento de carmelitas descalzas, al que su madre la envió en pago



del compromiso aquel que había adquirido con la de Guadalupe.

Tras de dos años de mudez y devoción absoluta en ese lugar, Laura Palomo realizó la primera de las dos acciones que le devolverían -al final- el título de propiedad sobre su persona: se puso los zapatos y dejó plantadas a las carmelas con todo y sus silencios para regresar con su familia.

La señora Palomo se encontraba en la cocina, preparando un guisado de mediodía, cuando Laura apareció en el umbral de la puerta, algo despeinada y sin zapatos, porque en dos años de no usarlos, sus pies grandes habían olvidado los convencionalismos. No hablaron mucho, apenas si se saludaron, pero desde entonces llegaron al acuerdo tácito de que la hija continuaría guardando su virginal pureza para no hacer quedar mal a la madre ante la Virgen de Guadalupe y que ésta, en cambio, no le reprocharía el no haber permanecido en el convento.

El primer encuentro de Laura Palomo con Basilio Tajadura ocurrió un domingo por la mañana, pero no fue un domingo cualquiera, sino uno que tenía mucho de día de campo, un domingo en que la hierba huele a vida y las flores son conciertos diminutos de colores brillantes. Tal vez si el día no hubiese sido tan claro...

Quizá si hubiera sido sólo una mariposa la que voló sobre sus cabezas, en vez de una docena, Laura no se sentiría ahora como sandía madura: dulce, frutal y pesada.

Tal vez si las chicharras hubieran cantando menos, la madre de Laura no estuviera sufriendo una crisis tan grande.

Quizá si el viento no hubiera sido tan sensual y el sol tan sugestivo, la familia Palomo no habría tenido que huir de Mesa del Huracán, deshonrada para siempre.

Tal vez si los pájaros no se hubieran hecho cómplices de la mañana, Arnoldo no habría tenido que dejar el hábito y Refugio el seminario.

Quizá si hubiera sido cualquier otro día de la semana alguno de los dos habría desviado la mirada, pensando en sus quehaceres, y entonces Basilio no hubiera tenido

que dejar la parroquia del pueblo, porque Basilio era el sacerdote, el padre Basilio, con su risa ancha y sin chistes de domingo, con su sotana negra, arremangada para jugar fútbol con los monaguillos. Basilio era el confesor, con su voz encantadora y sus manos grandes, fuertes para atrapar los senos de Laura Palomo, y atraparla toda, y beberse ese aroma de su cuello y beberse a Laura entera con los pies desnudos, siempre desnudos, él y ella, Laura y Basilio. Basilio hombre, que supo muy bien encontrar las notas musicales en el cuerpo de Laura. Y dejarla como fruta madura. Tan madura, que se hizo imposible esconder su vientre protuberante, y entonces estalló una bomba con forma de Don Remigio, el padre de Laura, quien gritaba violento: -¿Quién fue?, ¿Quién fue? y zarandeaba a Basilio, al padre Basilio, exigiendo un nombre: él debía de saberlo, él que confesaba a todos los habitantes del pueblo, él, que les conocía a todos los mapas del alma, los pozos del pecado y los puentes del arrepentimiento.

Él.

Él, que conocía los pozos de Laura, los ríos de Laura, las piernas de Laura.

Y yo vi a Basilio Tajadura caminar perdido sobre la acera dura de la ciudad hermética y amenazante. Lo vi con la cabeza pesada y los ojos hundidos por no encontrar trabajo. Nadie le ofrecía trabajo, porque lo sabían, sabían que Basilio dejó a los parroquianos por Laura Palomo y que con ella se fue para Chihuahua, desafiante.

Y lo vi con las manos hundidas en los bolsillos, y lo vi sin sonrisa, sin pelo y sin dinero.

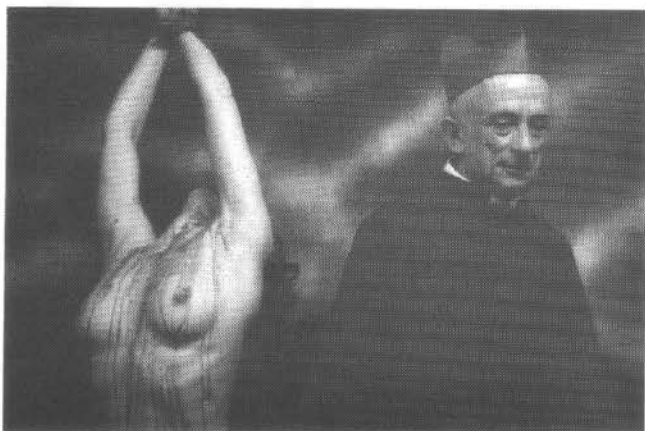
Después lo vi sin vida.

(Su corazón no pudo soportar tanta desgracia).

Laura Palomo realizó entonces la segunda acción que le devolvería -al final- el título de propiedad sobre su persona: se fue a Torreón a tener a su hijo.

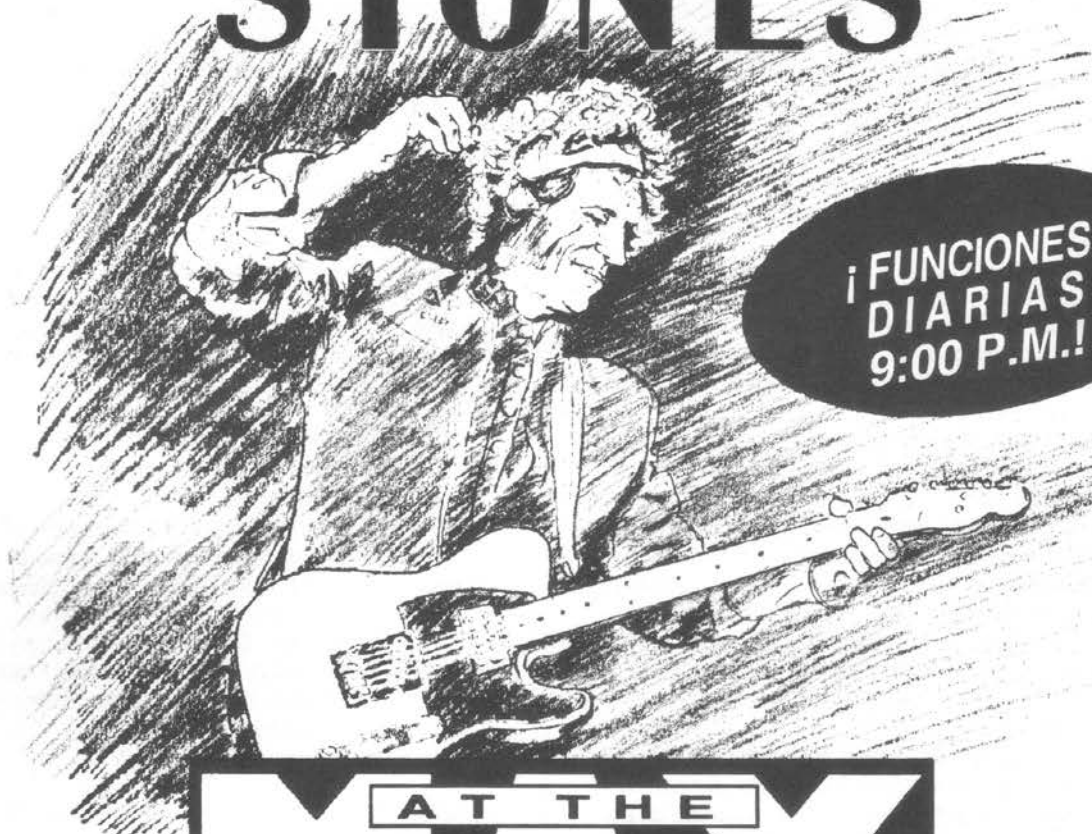
El primer día que Basilio Palomo, hijo natural de Tajadura, habitó en la Tierra, su madre -que tenía una disposición heredada hacia las cosas divinas- lo ofreció a la Virgen de Guadalupe.

Regina Swain. Ha publicado relatos en diversas publicaciones regionales. Participa en el libro colectivo de narrativa **Sels voces** (Asociación de Escritores de Tijuana, 1991).



ELLOS CANTAN
"NO SIEMPRE PUEDES CONSEGUIR LO QUE QUIERES",
PERO SU CONCIERTO...

ROLLING STONES



**¡FUNCIONES
DIARIAS
9:00 P.M.!**

**AT THE
MAX**



...SÍ LO PUEDES DISFRUTAR

DECÍDETE A "VIVIRLO" EN EL
Cine Planetario DEL CENTRO CULTURAL TIJUANA



EL ROCK ES CULTURA



OSCAR ORTEGA

Dibujos



OSCAR ORTEGA



OSCAR ORTEGA



Oscar Ortega 92

OSCAR ORTEGA



OSCAR ORTEGA





Oscar Ortega. Originario de Gómez Palacio, Durango. Radica en Tijuana desde 1968, experimenta con las diferentes expresiones del arte visual en la Casa de la Cultura de Tijuana con el Maestro Carlos Castro y el asesoramiento de Benjamín Serrano, Val-Ra, Romel Rosas y Corin Mariotte.

DOS CRÓNICAS DE ROCK

EDMUNDO LIZARDI

Y Morrison dijo: why not?

CORRÍAN LOS AÑOS FINALES DE LA DÉCADA DE LOS sesenta y el rock era un canto de batalla generacional que se extendía por todo el mundo lavando los mitos de la contracultura. Tijuana, por su condición de frontera con la dorada California y de melting pot del mosaico cultural mexicano, era una muy especial caja de resonancia del espíritu musical de la época, que algunos se atrevieron a llamar "el Liverpool de América Latina".

Raúl Valdez aún alternaba su participación en los coros de la iglesia del Sagrado Corazón, allí por los céntricos rumbos de Ocampo y Calle 10, con su papel de bajista en el grupo Cáliz, muy solicitado en "las fiestas" de una ciudad en plena expansión social y cultural. Los estudiantes se disponían a tomar parte del latifundio urbano del Club Campestre para exigir la construcción de centros educativos, organizando varios conciertos en los que participarían grupos como The Last Supper, Supermama y Tomajauk.

En la avenida Revolución hacían de las suyas los Tijuana Five, Love Army, Jenny Silva y los Stucas, Mister Magic, los Tj Four, Peace and Love, La Cruz y convertían a sitios como el Aloha, el Mikes viejo, el Blue Note, en verdaderos santuarios de la música en vivo.

"En aquel tiempo tenías que ser muy bueno para encontrar chamba —dice Valdez, actualmente bajista de The Click—; por ahí la rolaban músicos como Javier Bátiz, Carlos Santana, el Chato Chequer, Jorge Esquisto, Raúl Félix (baterista), Lupillo Barajas, Jorge Barajas, Javier Caraza, Lalo Barceló, Nacho de la Vega, Tony Gaxiola, Gustavo Valdez y, en otro onda pero en el mismo negocio, grupos como Los Fredies, los Solitarios y los Moon Lights. El grupo de los cremas, de la gente nice, muy bueno por cierto, era Graveyard, integrado por Jorge Carrión, Martín Mayo, Neto Peraza, y Lalo de la Vega. Tocaban en las escuelas, principalmente, y al desintegrarse algunos de sus elementos formaron los grupos El Ritual y

Brasil. Los adultos, los papás, preferían ir a escuchar a Los Travelers, en el Capri Bar.

Raúl, un típico tijuanense social y culturalmente hablando, intérprete y compositor premiado en varias ocasiones en concursos regionales y nacionales, con varias horas de vuelo en el "Viaje" artístico y existencial del rock (Woodstock, Sonoma, Avándaro) y de la buena música popular y no tan popular, en general (el canto nuevo, el jazz), respira profundo como tratando de descifrar el contenido vital de aquellos días explorando con el tacto olfativo la marea negra de las cloacas y los perfumes de sus pastos y campos de fresa y yerbabuena.

"Había tanto movimiento como ahora pero más sano. Ahora hay mucha violencia, antes no, la gente iba a bailar. La droga tiene que ver mucho, pero es más bien la falta de educación: una verdadera bomba de tiempo. El disco, la onda disco incomunica. En el centro nocturno donde estuvimos trabajando recientemente, casi todos los días había incidentes violentos con la consecuente intromisión de la



policía. Afortunadamente la tendencia en los últimos años es la de regresar a la música en vivo, a las tocadas, al rock, que para nosotros, los músicos, significa la reapertura de los centros de trabajo cerrados por el auge de la música grabada", apunta Valdez.

Entre tantas, resalta una anécdota, un cuadro típico de la época: Los Stucas tocan en el Mikes nuevo, y Jim Morrison, el poeta y líder espiritual de los Doors, asiduo cliente de los bares de la Revolución y con quien Raúl había conversado en varias ocasiones, baila en la pista, visiblemente entequilado, con una hermosa muchacha de origen mexicano. El tecladista de los Stucas empieza a tocar *Light my fire* y Morrison hace un gesto, la mueca que suelen hacer los famosos cuando su derecho a confundirse con la masa de sus semejantes es conculcado. Del brazo de su pareja se encamina a su mesa. Es entonces que Raúl lo aborda y le pide que se aviente un "palomazo pa' la plebe". Morrison le recorre con su turbia, azul mirada, como tratando de reconocerle; volteo a ver a su compañera de parranda en busca de una señal definitiva. ¿Why not? murmura, se empuja la copa de tequila y se encamina con paso asombrosamente firme y ligero hacia el escenario.

Lo que vino después fue una velada literalmente fabulosa o como diría una diva del Canal de las Estrellas, "como un sueño": *you know that I would be untrue/ you know that I would be a liar..* ☺



Santana en Tijuana: el regreso de Ulises...

CARLOS SANTANA HIZO LA FAENA, CORTÓ OREJA Y rabo y dio triunfalmente la vuelta a un atestado ruedo de Playas de Tijuana, que vio estremecerse su raíz de concreto cuando al filo de las 5 y media de la tarde, la menuda figura del ex vecino de la esquina de Calle Quinta y H, apareció en el escenario enfundado en una malla y camiseta negras, y un pañuelo rojo anudado sobre la frente. Se consumaba así, después de 30 años de ausencia, el retorno del Hijo Pródigo del rock mexicano y de una de las más grandes figuras de la música popular de todos los tiempos, surgida en el histórico festival de Woodstock 69.

El día inicial de la primavera había amanecido gris, lluvioso, pero conforme se acercaba la hora de apertura del concierto, el cielo se fue despejando y al filo del mediodía un sol radiante empezaba reverberar en las encharcadas avenidas. Desde la entrada a Playas de Tijuana se podía apreciar un bello, imponente cuadro en el que se conjugaban elementos del paisaje urbano y natural: la perfecta simetría, la blanca sombra de la plaza de toros se levantaba majestuosa, con toda la carga de su herencia ibérica a cuestas, a unos metros del solio imperial y frente a un mar que ya había recobrado su fulgor, su dignidad azul.

En los alrededores del coso, un impresionante despliegue de los cuerpos de seguridad, muy a la Primer Mundo, que incluía la elegante presencia de la policía montada: gallardos caballeros con botas y sombreros norteros sobre briosos corceles. ¡Viva Villa, Cabrones!, grita con acento apochado un mozalbete bajito, morenazo y patillas y bigotes a la Vicente Fernández.

Todo listo para iniciar la fiesta de primavera, la celebración de los sentidos por los sentidos al conjuro del sonido Santana. Todo listo para que José, el padre del músico de origen jalisciense, arrancara acompañado por su grupo de mariachis Santana Blues, desgarrando el patriótico pecho de la raza de bronce y aun el de los primos sedientos de emociones exóticas, con la magia vernácula, romancera, octosilábica del corrido; todo listo para que luego continuará calentando el escenario Pato Banton. ¿Por qué no un grupo tijuanaense?, era la pregunta generalizada.

A estas alturas -13 horas- la venta de cerveza iba como el calorito: in crescendo. Varios gringuitos y gringuitas, teen agers, deambulaban un tanto mareados coreando el nombre de Carlous, Carlous, Carlous. Algunos de ellos eran controlados o arrestados por la policía mexicana. Mientras tanto, había que luchar con los guardias del equipo de Santana, por el espacio que nos correspondía como



periodistas mexicanos. Dos rubios fortachones con playeras cruzadas con la leyenda "Santana Coming Home", custodiaban la puerta de acceso al ruedo y sólo dejaban pasar a sus paisanos.

El amable guardia municipal nos decía que por él no había problema alguno, pero el rechoncho y malencarado súbdito de Bush no daba explicaciones. Se concretaba a oponernos su aparatosa humanidad repitiendo: *You Can't, come in, it's impossible!*

Después de varios minutos de insistencia, Octavio Bibliorock Hernández, comandante en Jefe de la guerrilla de periodistas locales, en un acto heroico que sin duda quedará registrado como una de las páginas más brillantes en la historia del periodismo de espectáculos del Tercer Mundo, gritó colérico: ¡Pero cómo chingados no! Y, sobres, todos a la cargada, más pesada que la provocada por la visita de Massieu y Valadés el día anterior, a transgredir aquella ignominiosa barrera moral, aquella recorrida frontera imperial.

Nada pudieron hacer los evenflinos y cocacoleros vecinos distantes ante el empuje de las huestes del audaz Bibliorock. Sólo mascullaban un típico *Shit man!* Y ahí vamos hasta el mero borde del escenario donde ya oficiaba Carlos (*Spirit dancing*) apoyado por una superbanda: Benny Rientel (bajo), Chester Thompson (teclados), Wilfredo Reyes (tambores), Alex Ligerwood (vocal), Carl Perazzo (timbales), y Raúl Pekow (congas), que desplegaban sus potencias líricas, rítmicas y melódicas esplendorosamente. Lenguaje de insólita transparencia de contundencia y finura clásicas, el de este sonido tan lleno de reminiscencias que algunos llaman *latinas*, para referirse a la explosiva creatividad, al amor a la vida (diría García Márquez), de los pueblos del mediodía americano, de los pueblos mestizos. Arte sincrético, realmaravilloso, alternativamente barroco y de trazo desnudo, directo, que alcanza sus momentos cumbre en temas como *Samba para ti*, *Jingle*, *She's not there*, *Oye como va*, *No one to depend on*, *Blues for Salvador* y *...Europa*, un bolero, pieza maestra que Carlos interpretaría caminando ligero al borde del proscenio, bajando las escalinatas con la guitarra adherida a su cuerpo como un miembro más-brazo, ojo, oído, sexo, corazón-, para saludar a la electrizada

audiencia. Una imagen de Cristo atestiguaba la escena instalada sobre uno de los amplificadores.

En su momento subirían los invitados especiales: el cantante negro Larry Graham y —¡la sorpresa de la noche!—, Javier Bátiz, hermano y maestro del superastro mexicano. El abrazo protagonizado por los antiguos vecinos del centro de Tijuana y músicos del Convoy Club fue uno de los pasajes más conmovedores de la velada.

—¡Más vale tarde que nunca!, exclamó Carlos mirando al estrellado cielo bajacaliforniano y dio inicio a un fraternal duelo de guitarras, de requintos, de filigraníticas exploraciones dactilares diapason dentro con un solemne y nostálgico fondo de tec-lados magistralmente por mister Thompson.

La noche se ha hecho adulta, la oscuridad ha cobrado un toque de primaveral transparencia y las graderías del coso de Playas de Tijuana empiezan a convertirse en un enjambre de luciérnagas al aflorar las llamas de velas y encendedores. La danza colectiva está en todo su esplendor. Sierpes, espirales, rehiltes fosforescentes se agitan en un evocador happening sicodélico; imágenes de los años sesenta y setenta, se agolpan en este escenario lugar de encuentro de por lo menos tres generaciones: de hippie al yuppie; del beat al cholo; de Pedro Infante a Carlos Santana.

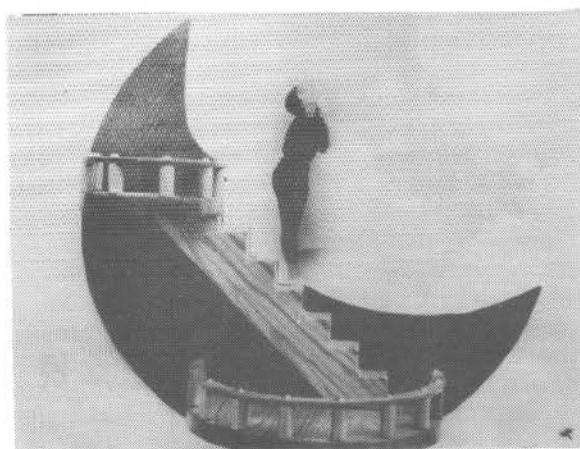
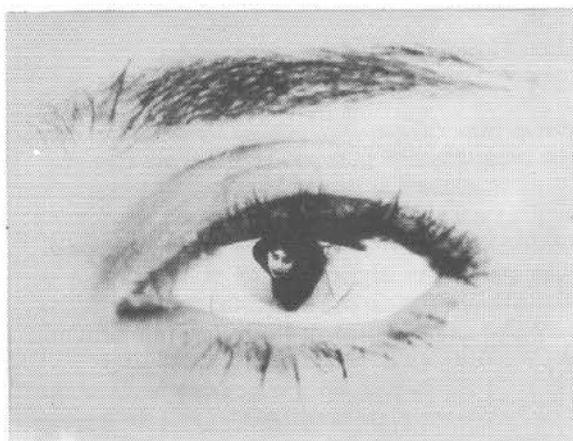
Un joven sandieguino enciende el enésimo cigarro de *cannabis* y lo rola entre el enardecido personal. Los guardias mexicanos se hacen de la vista gorda mientras los humos crecen hacia afuera y hacia dentro. Alguien pone en circulación una botella de tequila y grita ¡Viva México! El ensayo democrático in situ, no puede ser más elocuente ante la estricta aplicación del principio de *tolerancia*.

Y, después de un generoso regreso (media hora de música extra) de Carlos y su Banda, en el que participan un coro de niños y el lobo mayor, César Rosas, llega el final de la fiesta con la explosión de fuegos artificiales. Todos con la vista en el cielo de Tijuana: ¡Wauww! ¡ohhh! ¡Yeahhh!. Huele a mar, a pólvora, a hierba fresca... Las luces se apagan lentamente. Mañana volverán a encenderse. Carlos, nuestro Ulises, ha regresado a casa O

INÉS MARTÍNEZ DE CASTRO

La huerta

Entrar al túnel verde
donde duerme el león
del naranjo crecido en el costado
Alcanzar silenciosamente
el mundo oculto
en la carne agridulce de la fruta
Entonces
el viento jugará de nuevo
entre los árboles
con su carga de azahares
y dátiles maduros
y a la hora precisa
en que las cigarras aturden los sentidos
y las voces se apagan por la siesta
la risa infantil dará tumbos
por los surcos regados de la huerta
persiguiendo a los patos y a los perros
hasta que el león despierte



El no sueño

Bordeo la zona de los sueños
en la potranca mora
trotando a contraviento
por el olivar
hacia ese punto fijo
de todas las mañanas de domingo
Frente al árbol ritual
empuño la navaja de mi padre
para desgajar
otra vez
la corteza nacarada
y verla flotar
siguiendo la corriente del arroyo
hasta desaparecer entre los días

Album familiar

Siempre han estado allí
suspensos en su tinta sepia
y solamente ahora
me doy cuenta

están muertos.

Fotografía efímera para un fotógrafo

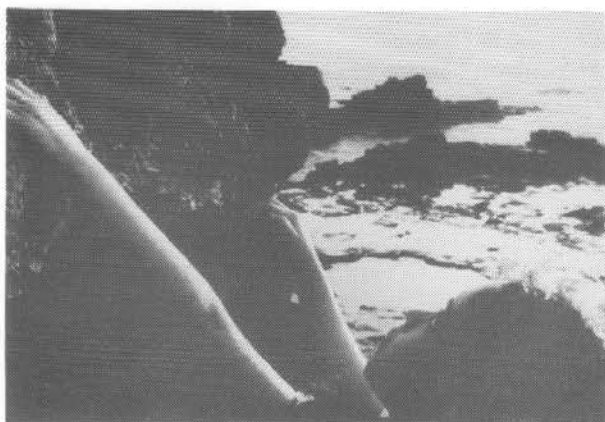
Encuadro un paisaje de desierto
en el lugar preciso
donde se encuentra con el mar
allí apareces
detallado y cercano
como visto a través de un teléfono
Estás desnudo sobre la arena
rojo

naranja
amarillo
de crepúsculo

La marea te humedece los costados
y resbala por tus piernas
En un instante

de lo alto

un ave se desprende
no te mueves
eres una imagen fijada en el vacío
pero solamente
hasta que la luz se muera.



I

Vengo del mar y te amo
amor
Aún traigo el sabor de la sal
bajo la lengua
un caracol que se desliza
por mi espalda
como la cresta de una ola
gaviotas dormidas en los ojos
viento que enreda los cabellos
brazos y piernas de arena
en esta playa de mi cuerpo
que te espera.

II

Te veo dormido
eres un animal remoto
con aliento acompasado de volcán
de agua subterránea
y sismos

Abre los ojos
y fluyen
corrientes submarinas
como expulsadas
de un estrato geológico distinto

Dices una palabra
y se inicia un ritual premonitorio
olvidado y antiguo

Me acerco y te cuento
muy despacio
que afuera la ciudad vive un día más
de humo y ruido
y tantas otras cosas
que tal vez
ya jamás entiendas.

III

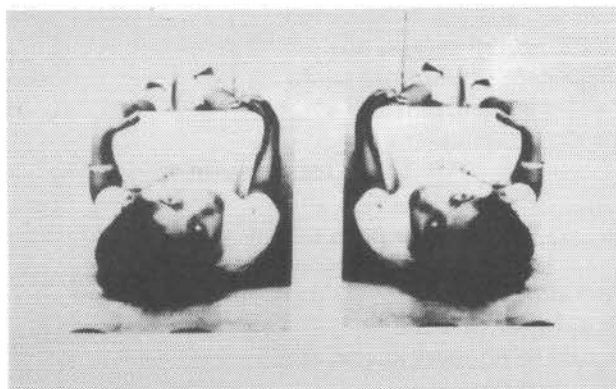
Esta vez
ni siquiera tengo un poco de rencor
que me proteja
Sólo la angustia
brota como arena volcánica
del pecho
Estoy desnuda
temblando
ante la multitud
Y es preciso esperar
a que el fuego se extinga
para de nuevo
 estar muerta

IV

Es terrible llorar
por tus caricias caídas
como fruta
por tus besos
de pájaro marino
por tu abrazo
 sin límites
 ni tiempo
por tu cuerpo de alfil
Es terrible llorar
esta agua ardiente
que no me purifica.

V

Ya casi no es posible imaginar
el rumor de tus pasos
 con lluvia
 o con veleros
porque el viento
 pálido
acuna un olvido inexorable
No lamento tu ausencia
sino este viento de marzo
que me deslava el corazón
y la memoria.



La granja

Alrededor de septiembre
urgencias me desgarran la pupila
el camino arenoso como río de leche
que tal vez ya no exista
se convierta en mal sueño
Al final
hasta tocar la punta
florece hierba gris con cabeza amarilla
junto al arroyo seco
la granja es un fantasma
que tal vez ya no exista
más lejos

 el potrero
y aquel muerto en la noria por la gran explosión
cruzaba el viejo puente
que tal vez ya no exista
Olores a pimienta caen rodando del tejado
 gorriones
 lagartijas
afuera de la casa
la trepadora blanca se ciñe a un palofierro
yo juego bajo el sol
tal vez
 tampoco exista.

Inés Martínez de Castro. Sonorense. Autora de los *Días suprimidos* y frecuente colaboradora de las más importantes revistas y suplementos culturales del noroeste del país

Ilustraciones: *Fotografías de Teresa del Villar*

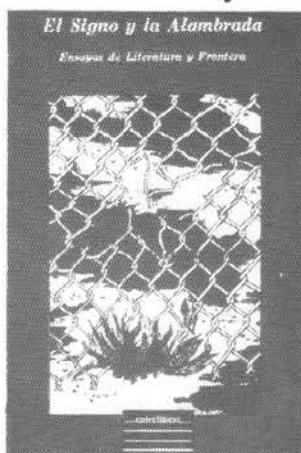
— ENTRELINEAS —

Coedición con el Programa Cultural de las Fronteras y con el Gobierno del estado de B. C.



La Herradura dorada
Dashiell Hammett

El autor del *Halcón maltés* desarrolla una historia de crímenes y persecuciones en la Tijuana de los años veinte. *La Herradura dorada* es una fábula, donde se entrecruzan los personajes en una coreografía de la violencia.



El signo y la alambrada
Patricio Bayardo

Ensayo literario que ejerce una mirada lúcida que valora con justeza y a veces con acritud la incipiente tradición literaria de Baja California. *El signo y la alambrada* toma en cuenta la imagen de la frontera en la obra de algunos escritores y el itinerario de la literatura bajacaliforniana.

EL GREMIO DE CHOFERES Y
LA LÍNEA INTERNACIONAL
1920-1933



El gremio de choferes
Tijuana, 1920-1930
Marco Antonio Samaniego

Esta investigación indaga sobre los movimiento sindicales de la Tijuana de la primera parte del siglo. La dinámica seguida por actores políticos significativos en una etapa turbulenta de crecimiento y expansión de la ciudad.

LIBRERIA **El Día**



EN LA MODERNA ZONA DEL RIO
R. Sánchez Taboada No. 61-A
(CERCA DE TRANSITO DEL ESTADO)
TELEFONO 84-09-08

EN EL CENTRO
R. Flores Magón (6a.) 1908
(AL LADO DEL CINE ROBLE)
TELEFONO 85-18-45

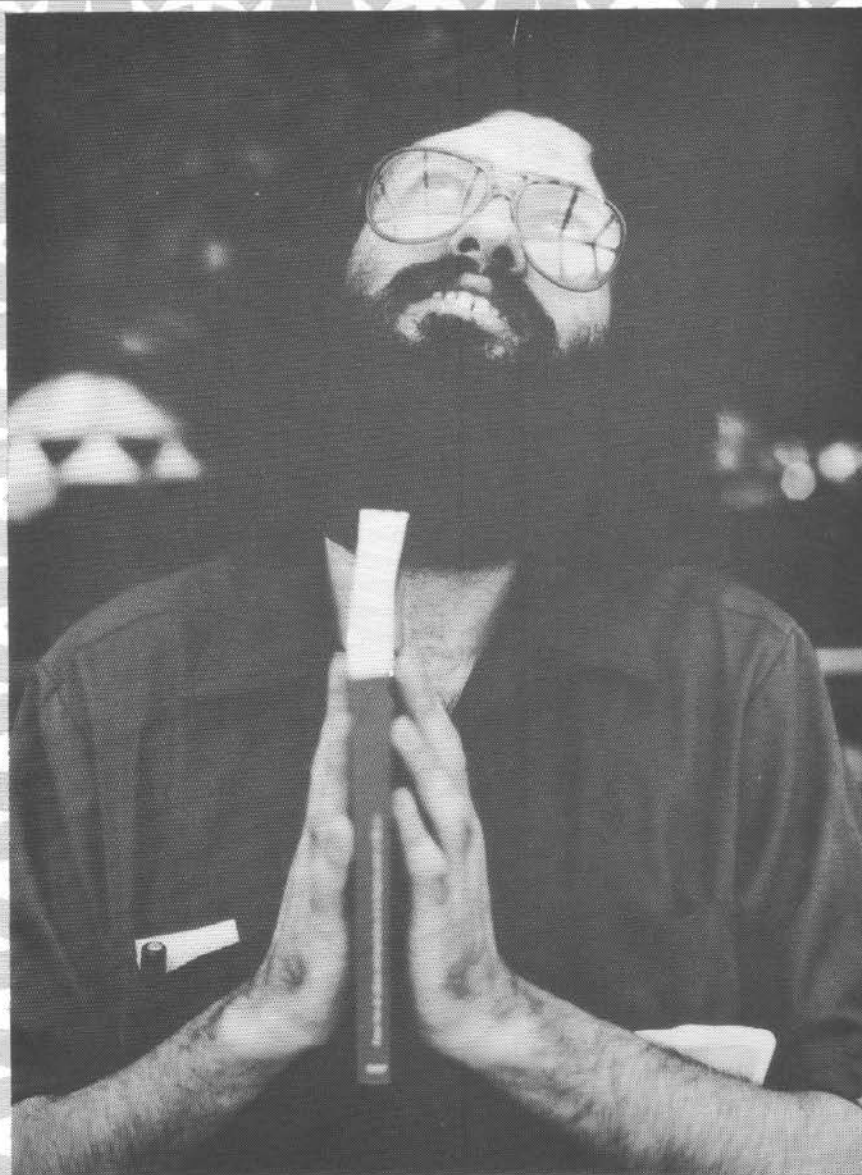
CENTRO COMERCIAL OTAY
Librería "El Ingenioso Hidalgo"
Carretera al Aeropuerto 1900, local D-1
TELEFONO 23-14-53

TIJUANA, BAJA CALIF.

LIBRERIA EL DIA TODO LO QUE UD. ESPERA DE UNA BUENA LIBRERIA

RETRATO HABLADO

IMAGENES DE ARTISTAS DE BAJA CALIFORNIA

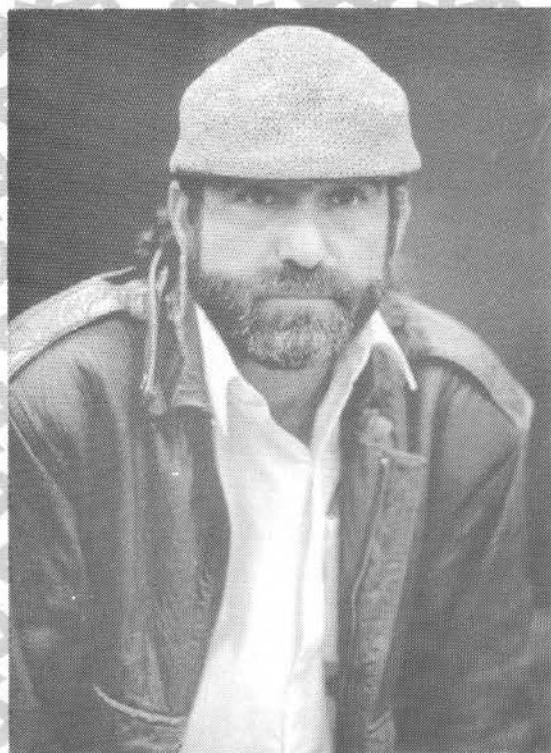


Gabriel Trujillo Muñoz *escritor*

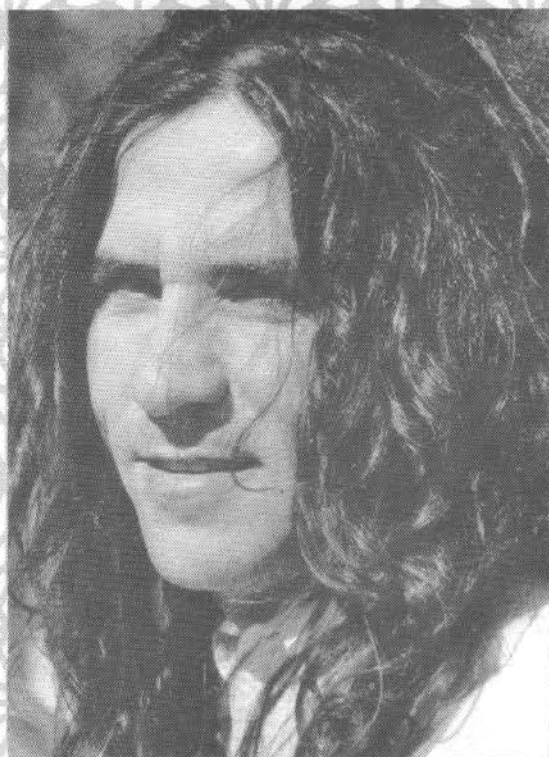
ROBERTO CORDOVA



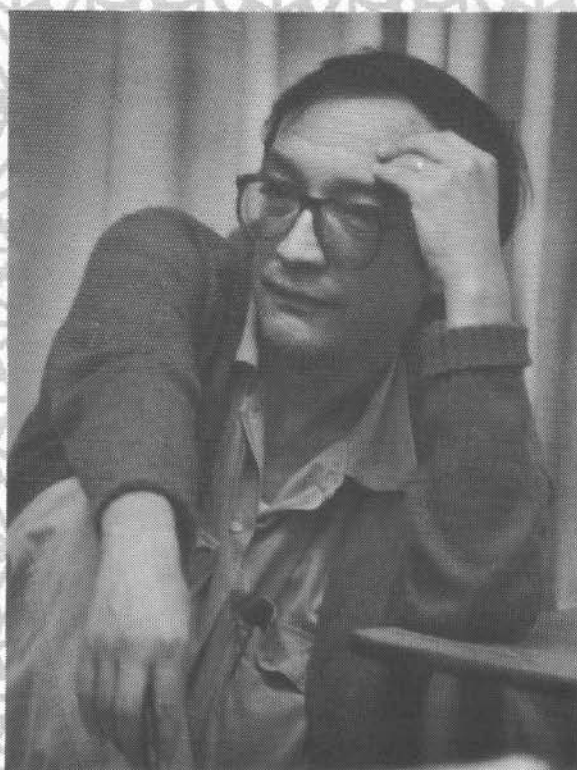
Manuel Bojórquez *fotógrafo*



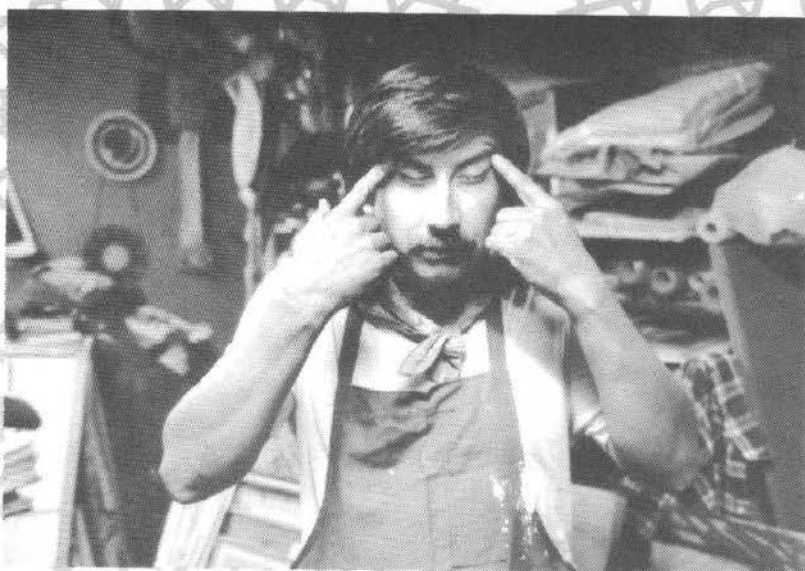
Felipe Almada *pintor*



Angel Norzagaray *director de teatro*



Sergio Gómez Montero *escritor*



Carlos Coronado *pintor*



Bernal *escritor*



Diseño: Cynthia Vera Espinoza. Tijuana, México

FESTIVAL INTERNACIONAL DE LA RAZA 92

Imágenes de la frontera

DEL 1 AL 5 DE MAYO

Ciudad Juárez • La Paz • Mexicali • Nuevo Laredo • Piedras Negras • San Luis Río Colorado • Tijuana

• Música • Teatro • Danza • Cine • Exposiciones • Foro de Análisis •



Colaboración de las Embajas de:
Baja California, Baja California Sur,
Coahuila, Chihuahua, Sonora y Tamaulipas

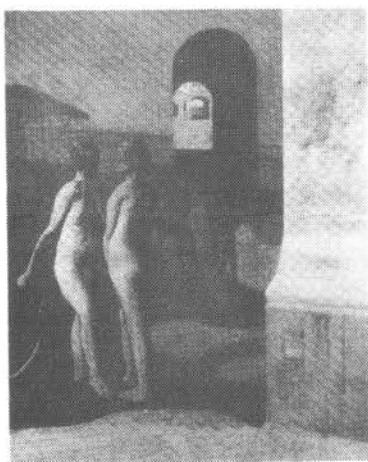
los libros ilustrados.

CRÓNICAS DE GENTE CERCANA

Guadalupe Beatriz Aldaco

LUIS ENRIQUE GARCÍA, DESDE *Raza de papel* (1978), decidió ser un contador de pequeñas historias, un relator de cuentos. Lo confirmó en *Ciudad nocturna* (1988) y ahora, en su último libro, *Crónicas de gente cercana* (1991), es evidente que no pretende esconder o confundir en intrincados artificios de la ficción, ese propósito. Por el contrario, en este libro tal inclinación se vuelve hacia sí misma, se reconoce y se asume explícitamente como postura narrativa. Si en sus dos libros anteriores la preocupación literaria manifiesta va más por los rumbos de la experimentación —en el primero filosófica, y en el segundo estilística—, en *Crónicas de gente cercana* el cuentista quiere ser más original. Pero no precisamente en el sentido romántico de «originalidad», sino en el de vuelta al «origen» del género: el relator de estas historias puede bien ser aquel narrador oral tradicional que convoca oídos por su capacidad de hurgar en la memoria social; por su habilidad de traer al presente, con experiencia, conocimiento de causa y sensibilidad, un pasado del que es testigo viviente y al que hace resurgir con manifiesto pero moderado afán literario. Bien podría el narrador creado por Luis Enrique

García tener a su alrededor un séquito de curiosos y fieles oídos si trastocara la acción de contar a través de un discurso escrito, por la de contar a viva voz los trozos de pasado concentrados en cada relato. Algo de esa necesidad primigenia y natural que todos compartimos de alguna forma, la de conocer lo que sucedió en algún lugar y tiempo de una manera directa, fresca y sin pretensiones eruditas, queda satisfecha a partir de la lectura de este conjunto de textos que, en intencionalidad, responden al móvil que dio origen al género del cuento: precisamente, contar historias breves.



No sorprenderá, entonces, que sea el tiempo pasado el que conduzca los hilos de las narraciones. Las frases «hubo una vez», «en aquellos tiempos», «ocurrió hace algunos años...» están como flotando en cada relato. Ese tiempo pasado es protagonizado por un personaje distinto que le da nombre a cada cuento. Alrededor de él se entreteje la historia. Se trata de personajes urbanos, personajes-tipo que casi siempre son marginados, algo extravagantes o, si no, han sido sujetos de algún escándalo social: la prostituta elegante y culta que tuvo amores con un sacerdote, la loca que deambulaba por las calles contando historias de naufragios, el compañero de escuela que se hacía pasar por protagonista de insólitos sucesos, el indígena embustero, descubridor de falsos tesoros, los primeros travestidos de la ciudad, el maestro de primaria que quería fundar una especie de academia griega para la enseñanza de las letras y las artes, la yerbera y sobadora que hacía limpias, la niña precoz que alborotaba al barrio con sus pretensiones de futura actriz, el robachicos, el borracho, el changarrero, el loco...

Pero no es sólo la historia de los personajes ni su impacto social lo que se cuenta. Cada historia da

lugar al recuento narrativo de un trasfondo social en el que ellos y los sujetos que los rodean están inmersos. Ese trasfondo tiene que ver con la ambientación de una época, con las formas de vida, con las costumbres de una clase, con los pensamientos y sentimientos de los habitantes de un barrio, con los prejuicios emanados de la moral religiosa, con las violaciones a esa moral, con usos, tradicionales, creencias, supersticiones, opiniones de la gente. ¿Los lugares de los que todo esto es recuperado? Lugares sociales, de convivencia, como la calle, el barrio, la esquina, la escuela, el prostíbulo, la cantina.

Por todos estos elementos, los temas de Luis Enrique García en este libro evocan, sin remedio, la corriente costumbrista. Qué fue el costumbrismo sino una tendencia en la que la observación directa de la vida diaria se constituye en la fuerza y vitalidad de las narraciones; qué fue sino descripción de personajes de la vida popular. Y qué intención tuvo sino observar la vida real, penetrar en la manera de ser de la gente del pueblo; dar vida literaria, por ejemplo, a los rumores de la barriada y a las intimidades de las casas de la vecindad, así como penetrar en la forma de ser de las lacras sociales y señalar sus vicios con frialdad.

Entonces, ¿podríamos señalar como «neocostumbrista» la narrativa de *Crónicas de gente cercana*? sólo parcialmente. Pues si bien hay identificación entre la corriente costumbrista y este libro en cuanto a preocupaciones y temas literarios, es evidente que el paralelismo no puede establecerse como un hecho de una manera tan llana y superficial. En primer lugar, la preocupación moral que estaba a la base del desarrollo y auge de literatura costumbrista no es ni puede ser ya un problema literario. La narrativa costumbrista se abocó a situaciones sociales que eran consideradas como «los graves problemas de la época», independientemente de que la reconstrucción de esos problemas haya tenido como intención la denuncia persignada, la crítica, la reflexión, la burla o la ironía. En este momento sería inconcebible que un suceso escandaloso diera

lugar a una novela, por ejemplo, en la que la discusión principal se centrara en torno al debate neoclásico y de-cimonónico del vicio y la virtud. El tema es válido, pero los parámetros de su tratamiento literario tendrían que ser, según nuestros actuales juicios literarios, otros. Además, los escritores costumbristas se abocaban por lo regular a la vida contemporánea, a la vida que les tocó vivir, a lo que ellos pudieron constatar con sus propios ojos. Antecedentes de los realistas por lo menos en Hispanoamérica, estos escritores eran algo de lo que son los periodistas de hoy, pero estaban instalados evidentemente en la veta literaria. Y, a diferencia de ellos, la preocupación explícita de



Crónicas es fundamentalmente hacia el pasado. Pero, ¿no son precisamente estas diferencias y la fundamental analogía ya esbozada las que nos conceden cierta validez para denominar neocostumbrista esta tendencia narrativa?

Con respecto a esto de los géneros literarios ya dijo Croce: «Afirmar que un libro es una novela, una alegoría o un tratado de estética tiene, más o menos, el mismo valor que decir que tiene las tapas amarillas y que podemos encontrarlo en el tercer anaquel a la izquierda» (citado por Borges en el ensayo «El cuento policial», 1978). De acuerdo con esta apreciación, inscribir un libro dentro de un género literario no deja de ser una superficialidad. Además, puede propiciar el descuido de consideraciones acerca de la «in-

dividualidad» de la obra, de la calidad de «única» que la obra reviste y, por qué no, puede llegar a obstaculizar la búsqueda de las excepciones literarias presentes en el libro, que no están consideradas en las características del género. Sin embargo, los dos propósitos —relacionar el texto con un género y al mismo tiempo no reducirlo a él— pueden conciliarse en tanto se considere la alusión al género literario casi como un mero pretexto para hablar precisamente de las particularidades de la obra. Porque lo importante es reconocer que la obra tiene antecedentes, forma parte de un continuo, de una tradición; no es, pues, «original», ahora sí en el sentido romántico. Se trata de ver cómo la obra dialoga con otras que le han antecedido.

Por otra parte, citando de nuevo a Borges, «los géneros literarios dependen, quizás, menos de los textos literarios que del modo en que éstos son leídos». Es decir, alguien lee *Crónicas de gente cercana* y luego recuerda la novela costumbrista. Después, dadas las analogías y diferencias que la obra presenta con respecto a esa tendencia sugiere, como propuesta, llamarle neocostumbrista.

Algunos textos del libro evocan otras obras. Ciertas características de la novela picaresca están presentes en algunas crónicas en las que se delinean personajes marginados ambientándolos con dosis de humor negro («El Nene Ramos», «Efraín», «Seferino», «El Tarolitas»). También, uno de los eternos temas de la literatura española, el de las violaciones de votos y preceptos religiosos por parte de curas y monjas, es tratado, aunque levemente, en «Sherezada», que desde nuestro punto de vista es el texto mejor logrado del libro. El personaje femenino que le da título a la crónica recuerda otras figuras de la literatura como la «Naná» de Emilio Zola y la «Anastasia» de *El príncipe idiota* de Dostoiévsky.

El carácter popular que revisten los textos de este libro no está dado sólo por el tipo de personajes elaborados, sino porque prácticamente en todas las crónicas se reconstruye una cualidad expresiva de la cultura popular: el papel de la

intuición, de las supersticiones, de las creencias, de los prejuicios y de la imaginación, en las interpretaciones de la realidad. Se relata un suceso y sobre él surgen los más variadas, disímiles y contrastantes versiones, lo cual es importante no porque sugiera la riqueza de esa cultura (no es esa la intención de los textos del libro) sino porque expone literariamente la densidad de posibilidades de apreciación de un mismo hecho por parte de un grupo social heterogéneo.

Luis Enrique García ha querido regresar con este libro a la labor de registro de la memoria social que la escritura de la crónica posibilita. Esto es un acierto en un momento en que los parámetros tradicionales de la función de la literatura están en discusión. Y lo es porque atender dogmáticamente a las directrices de la vanguardia crítica podría equivaler a sucumbir ante el escepticismo y cerrar las puertas al propio y natural desarrollo como escritor. El autor es sincero con sus propias preocupaciones y por ello el cauce literario que les da es legítimo. Como él mismo lo ha dicho, cada obra que ha escrito es una respuesta a la anterior en términos de nuevas exploraciones literarias. Por ello no es extraño que algunos de los textos de *Crónicas de gente cercana* ya hayan sugerido los temas de su próximo libro. Sin embargo, éste se relacionará más con el primero, *Raza de papel*, en el que el papel de la imaginación tuvo más peso. Se trata de cuentos fantásticos «fuera de la órbita común» de las realidades objetivamente reconocibles, contrapunto evidente, como puede verse, de *Crónicas*. Esto, para hacer justicia no sólo a la idea de la literatura como gran texto colectivo, sino para hacer justicia también a la idea de que un escritor siempre «está siendo», y en ese estar siendo se cuentan también las obras que aún no ha escrito.

□ Luis Enrique García, *Crónicas de gente cercana*. Hermosillo, 1991

ALFREDO ESPINOSA: EN TODAS PARTES LA UTOPIA

Gabriel Trujillo Muñoz

PRINCIPIOS DE LOS AÑOS ochenta, en los estados fronterizos del norte de México, comenzó a surgir una nueva generación de escritores. Desde Tamaulipas hasta Baja California, jóvenes poetas, narradores y ensayistas principiaron a cambiar, multitudinariamente, el panorama de la literatura norteamericana. Este cambio se dio como consecuencia tanto de una revaloración hipercrítica de lo regional (en temática y en lenguaje) como de una nueva percepción del quehacer literario. Desde ese momento, la literatura ya no fue escribir bajo los dictados de la ejemplaridad y la belleza, sino un oficio que lo mismo sumaba la depuración estilística que una perspectiva multicultural contemporánea. Esto es: para escribir literatura ya no bastaba la emotividad, el patriotismo localista o la musa inspiradora, sino la capacidad de vincularse, desde la periferia cultural, con el tronco común de la literatura mexicana y universal.

Alfredo Espinosa (Ciudad Delicias, Chihuahua, 1954), con su antología sobre la poesía chihuahuense contemporánea, con el mítico pueblo de Albores que toma vida en su novela *Infierno grande* (1990), con sus aforismos apócrifos que su heterónimo Rafael Arenales publica en *Derrotero* (1991), con sus ensayos sobre el regionalismo chihuahuense y con sus poemas reunidos en *Desfiladero* (1991), puede servir como uno de los ejemplos más válidos de esta generación, y precisamente cuando tal generación está alcanzando su madurez creativa, está cumpliendo con las metas que hace más de una década se propuso lograr por sí misma.

Las razones para considerar a Espinosa como una figura central de la literatura norteamericana, como un representante valedero de sus actuales búsquedas y temáticas, hay que descubrirlas, sintetizadas, en su poemario *Desfiladero*. En él se reúnen los intereses vitales e intelectuales de su autor —que son, en gran medida, los de toda su generación— y que abarcan desde obvias deudas a la contracultura (Artaud, Beats y demás vagamundos) hasta el canto sacramental que los desiertos del norte inspiran; desde la sensibilidad urbana (el cursi aliviane) hasta el erotismo como un oasis de vida; desde la escritura que reflexiona sobre la realidad histórica, de sus triunfos y fracasos.

Alfredo Espinosa demuestra, en y con sus versos, que ser poeta en este norte inhóspito es oficio de solitarios, vocación febril ante la cordura del mundo, ante el ciego utilitarismo de la vida que rodea al practicante de semejante oficio. El poeta es, así, un utopista en un mundo sin utopías, un ser improductivo desde la perspectiva de las ganancias monetarias, un inocente que canta en un país de ladrones y hombres serios, un paria que deja ir, con alivio, el estruendoso tren del progreso; un ser humano que sólo cree en la naturaleza intacta, en el hombre multidimensional (a la Marcuse), en la vida sin cortapisas ni límites. Por eso, en *Desfiladero*, el poeta Espinosa pregonaba su terquedad, sus hallazgos y tropiezos, sus ideales y amores, la desnuda materia de que están hechos sus cánticos. Materia que es luz, que es agua, que es sangre, que es el espejismo cotidiano

sobre el cual el hombre finca sus espacios de vida, sus creaciones:

*estoy inédito:
en los otros me leo
para explicarme
libro soy
de mi propio misterio
morimos:
es todo*

*pero que nadie me diga
por cual herida
voy a desangrarme*

Para Espinosa, como para muchos otros escritores surgidos en los años ochenta en el norte mexicano, la creación literaria es una vía hacia el conocimiento, un camino expresivo que permite la reflexión y el análisis de lo que implica vivir y escribir desde la periferia de la cultura mexicana. Por ello, el afán que nuestro autor manifiesta por dar a conocer tal perspectiva, lo lleva a resaltar la naturaleza, las raíces históricas, los tipos humanos y las ásperas soledades que conforman a esta región del país. Alfredo Espinosa es, al igual que otros creadores de su misma edad y trayectoria, un escritor de múltiples oficios, un orfebre de variadas habilidades, porque ha comprendido que para poblar su patria chihuahuense es necesario tanto la imaginación como la investigación, el amor sin aspavientos por la tierra propia como el espíritu crítico acerca de esta misma. Un poeta así, un ensayista así, un narrador así, no se encuentra solo en su lucha. Muchos compañeros escritores lo acompañan en su periplo: desde Miguel Manríquez y Francisco Luna, en Sonora hasta Leobardo Saravia Quiroz y José Manuel di Bella, en Baja California. Todos ellos, de una u otra manera, saben que para edificar, en este confin del país, la utopía cultural de nuestros días, hay que perseguirla con trabajo y talento, con sagacidad e inteligencia, «como a una mujer hermosa e imposible».

□ Alfredo Espinosa, *Desfiladero*. México, Joan Boldó i Climent Editores, 1991

FRONTERA NORTE: EN LÍNEA DE FUEGO

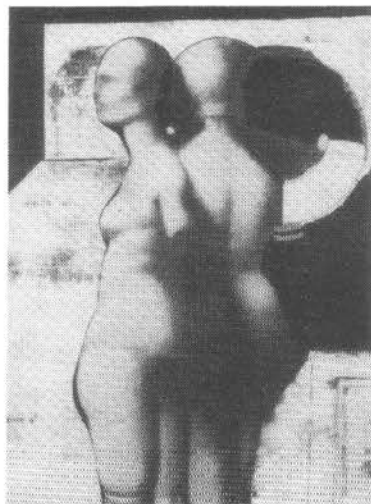
Mauricio José Schwarz

EN UN MEDIO DONDE LA VIOLENCIA es parte de una cotidianeidad que a la gran mayoría de los mexicanos nos es impuesta, resulta difícil imaginar un sitio donde las contradicciones choquen entre sí tan brutalmente como en la frontera norte, que como ya se ha dicho es el único puente territorial de contacto efectivo entre el mundo superdesarrollado que busca como dé lugar su entronización definitiva e irreversible (vía el nuevo orden mundial y al fin de la historia que propugnan por estos lares sus más fieles servidores) y el mundo subdesarrollado, víctima, consumidor y proveedor de materia prima barata y mano de obra más barata. Lo peor que pueden generar ambas sociedades gravita hacia el punto de contacto en la frontera, donde las circunstancias determinan el valor monetario con frecuencia por encima de los valores humanos y humanistas.

Es, por lo mismo, difícil imaginar un terreno más fértil para el nuevo policiaco mexicano. Ciertamente que la macrópolis donde ahora los modos tradicionales con el ansia de ser la frase es el grupo de rock chileno Los Prisioneros, «occidental de segunda mano» ha resultado el territorio más habitual de esta forma narrativa desde que la recrea Rafael Bernal en *El complot mongol*. Sin embargo, la mezcla cultural fronteriza ofrece grandes posibilidades para el escritor de policiaco, criminal o como gusten llamarle. Y ello ha quedado plenamente demostrado en la antología intitulada *En la línea de fuego. Relatos policíacos de frontera*, una compilación de Leobardo Saravia Quiroz recientemente presentada con el número 4 del Fondo Editorial Tierra Adentro de Conaculta.

Ocho autores, entre ellos el propio compilador, presentan diez relatos. De los escritores, el conocido es Federico Campbell, siendo los demás esencialmente jóvenes. Todos ellos comparten algunos elementos que no pueden ser producto del acuerdo previo, sino consecuencia del medio que da origen a los relatos: una pasión cinematográfica casi obsesiva, un jugueteo constante con la identidad (característica siempre en crisis cuando uno vive puerta de por medio con una cultura de pretensiones tan totalizadoras como la estadounidense) y una decisión firme de no hacer concesiones ni temáticas ni estilísticas.

Una línea de la presentación de Leobardo Saravia es reveladora. Describe el libro como «un intento de un grupo de escritores de formular ficción policiaca que no se atenga a la ortodoxia del género». Si pretendían enfrentarse a la clásica novela enigma, desinfectada y homogeneizada, los autores lo han logrado. Pero resulta curioso entonces que sus relatos tengan, asimismo, tantos puntos en común con el nuevo policiaco





mexicano como lo conocemos fundamentalmente a través de una serie de novelas aparecidas en los últimos quince años. Ello no indica en modo alguno el surgimiento de una «nueva ortodoxia» o de alguna barbaridad por el estilo, sino que establece claramente cuán genuina es este nuevo relato policiaco en su contexto mexicano actual, cuando a lo que se enfrentó en sus inicios fue a acusaciones de copia extralógica de formas literarias extranjeras. El nuevo policiaco mexicano, lo demuestra *En la línea de fuego*, no es producto de la voluntad de uno o de cien escritores, sino consecuencia inevitable de las decisiones tomadas desde el poder que han permitido que la violencia, la impunidad y la deshumanización se conviertan en baluartes de la modernidad. El escritor se limita a usar los elementos a su disposición para estructurar la ficción. En ese sentido, casi obviamente, el nuevo policiaco mexicano no deja de ser profundamente político en el mejor sentido del término.

Es falso que el cuento sea una especie de campo de enfrentamiento que de alguna manera prepara al escritor para entrar al territorio «serio» de la novela. La narrativa corta es completamente distinta de la novela tanto en su uso de los personajes como en su manejo de los espacios, los tiempos y la argumentación. Se trata de dos aproximaciones tan distintas como

la dramaturgia y la poesía, y curiosamente lo que ha hecho falta en México es el relato corto que complete el escenario del nuevo policiaco.

En la línea de fuego es un libro sumamente legible, aunque como toda antología sea imposible esperar que todos sus cuentos satisfagan a todos los lectores. Ofrece relatos que van desde la aproximación original (no decimos experimental por cuanto que están logrados, no son meros intentos) hasta el recreo de *thrillers* condimentados con una variedad de costumbrismo brutal. Y no comentamos en lo particular los diez textos para no contaminar al lector con nuestra opinión. Su mera existencia da cuenta de una preocupación estética que se extiende entre quienes ven el arte como algo más que un ejercicio de autocomplacencia meditativa, lo que se ve reforzado por los dos volúmenes de *Más allá de lo imaginado*, primer antología de ciencia ficción mexicana contemporánea, publicados en el mismo fondo editorial.

Es falso que a estas formas literarias les faltara una especie de espaldarazo oficial, un reconocimiento jurídico que les diera finalmente validez, pero si es importante que en ciertas instancias se haya visto como inevitable el hecho de que la literatura del México de fin de siglo incluye inevitablemente estas expresiones. Y era especialmente justo que ello se expresara en publicaciones, cuando es tan difícil lograrlas.

Ojalá esta apertura hacia nuevos rumbos literarios sea producto de una decisión firme, razonada y por ende con posibilidades de continuarse en otros proyectos emprendidos para la promoción de la cultura con los dineros del pueblo. Que no sea ventolera de momento, pues.

□ Leobardo Saravia Quiroz, *En la línea de fuego. Relatos policíacos de frontera*. México, Fondo editorial Tierra adentro, 1991.

Su mejor opción...
más de 4000 títulos a escoger

KRONOS

V I D E O C L U B



BRASIL Y AGUASCALIENTES
224 COLONIA CACHO
TEL. 84-81-65

EDIFICIO GALLEGOS
BLVD. AGUA CALIENTE
3401 LOCAL3 TEL. 81-68-39

PUENTE MÉXICO, LA VIVA HISTORIA DE TIJUANA

José Vicente Anaya

HISTORIAS VIVIDAS DE NUEVE informantes le dan cuerpo a la viva historia de Tijuana, en el libro *Puente México. La vecindad de Tijuana con California* de Mayo Murrieta y Alberto Hernández, publicado por El Colegio de la Frontera Norte.

Francisco M. Rodríguez Martínez, un chihuahuense villista que participó en las principales batallas de la División del Norte, después de que en la frontera nueve mil soldados del general Pershing diezmaran a la partida de 2 mil 500 revolucionarios en la que aquél luchaba, tuvo que escaparse (como uno de los pocos sobrevivientes) dirigiéndose más al norte, a las entrañas del enemigo, donde sobrevivió con penurias durante cuatro años, hasta que llegó a Tijuana en 1920, ciudad pequeña pero ya cosmopolita, él nos dice: «Las hablas del mundo propalaban en Tijuana: chinos, japoneses, gringos, alemanes, escoceses, serbios, eslavos, turcos, árabes, libaneses, judíos, ingleses, franceses, echaban al aire su lengua». La población china fue también muy numerosa, y en la ciudad había todo un barrio de esa nacionalidad: «Toda la calle Primera era de chinos, puros sótanos desde la orilla del puente. Vivían 10, 15 en un cuarto; hacia 1920, restaurantes y lavanderías formaban la Chinesca de Tijuana». Rodríguez Martínez fue, además, un líder que participó en la fundación de múltiples sindicatos de trabajadores y en la instauración de una colonia utópica, mediante la toma de terrenos: La Libertad. Por las denuncias que hizo y peleas que dio, Martínez Rodríguez se ganó el apodo de «Bocabrava».

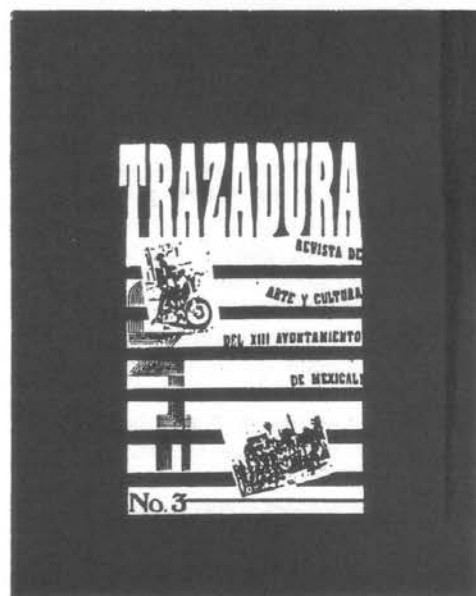
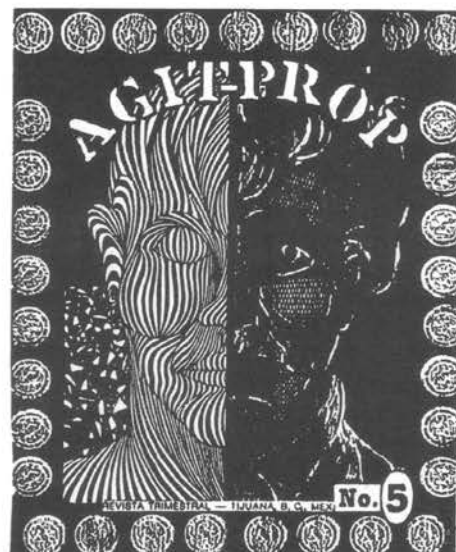
La famosa actriz Rita Hayworth (Rita Cansino) era una bailarina del Casino de Agua Caliente. Otro de los informantes, Raymundo Carrión Ávila, quien tenía un pequeño negocio de *limpiaduría* (tintorería) trató a la actriz en la cotidianidad: «...la conocí porque

me dieron su vestido a limpiar... Se plantó, muy seria y halagadora, a recomendarme mucho su vestido, que se lo arreglara muy bien. Guapísima la muchacha...»

El libro concluye con el relato del muy apreciado profesor Rubén Vizcaíno Valencia, actualmente maestro emérito de la UABC, catedrático de filosofía y promotor de la cultura en muchos órdenes. «Bocabrava» y el profe Vizcaíno son los informantes más críticos y reflexivos, sin que los otros dejen de tener el encanto de la microhistoria; así, Vizcaíno nos cuenta: «Con el chantaje político de que aquí se puede producir todo el mal del mundo, siempre que deje dinero que se envía al centro del país para subsidiar campesinos, y con ellos a la economía nacional, Tijuana puede ataviarse como un gran burdel al que vienen gángsters como el rechoncho italiano Al Capone que consigue —todavía no sabemos en qué circunstancia— una isla frente a playas de Tijuana y monta su propio casino, ¿te das cuenta? Abelardo L. Rodríguez llega a la presidencia de la República (1932-34) y todo esto sigue funcionando a maravillas, hasta que Lázaro Cárdenas da un tajo a tanta impudicia y desenfreno».

Todos los informantes son representativos de diferentes tipos de tijuaneños y, sobre todo, de los que fundaron, con sus trabajos y empeños, la modernidad (o posmodernidad) que caracteriza a esta urbe. Y todos muestran sus orgullos de haberse forjado a sí mismos y sus familias en una ciudad que, aunque plena de contradicciones (o tal vez por esto mismo), sigue pujante.

□ Mayo Murrieta y Alberto Hernández, *Puente México. La vecindad de Tijuana con California*. Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1991.



Presentación de

esquina • baja 10/11



y de las revistas:

TRAZADURA
de Mexicali
(Gabriel Trujillo y
José Manuel Di Bella)

... y plagiaria

la vida loca
de Hermosillo
(Alejandro Zéleny)

**FICTION
INTERNATIONAL**
de California
(Harry Polkinhorn)

➡ LECTURA DE POESÍA

Gilberto Zúñiga * Francisco Morales * Robert L. Jones

Impromptu teatral con *La pandilla de Juan José Gurrola:*
MICKEY MOUSE, RÍO RITA BLUES

Intervenciones de:

Daniel Martínez * Arinda Caballero
libre voz

NO
REGGAE, SKA, ROCK

○ brindis de rigor y venta de publicaciones ○



Jueves 12 de diciembre . 8 pm

Asociación Cultural Río Rita, Avenida Revolución 744, Centro, Tijuana

CULTURAS CONTEMPORÁNEAS

Dentro de la creciente atención que suscita la frontera en diversos medios nacionales, se publica en la revista **Culturas contemporáneas** un número monográfico sobre esta región.

La revista se dedica en forma preferente a la revisión de asuntos comunicacionales desde una perspectiva teórica. Se publica desde el pueblo de Comala—de Colima no el mítico de Pedro Páramo. En este número —en el que Fernando Vizcarra colaboró en la recopilación de los materiales— publica Jorge A. Bustamante una indagación conceptual sobre la palabra frontera. Esta visión se complementa con un artículo filosófico de Horst Mathai sobre el mismo tema. Joan Anderson y Martín de la Rosa colaboran con un documento sobre la marginalidad fronteriza. Gabriel Trujillo Muñoz informa sobre el proceso de literatura regional, cuyos hitos destaca con precisión y conocimiento directos. Anima a este número un interés manifiesto de comprensión, más allá de las modas temáticas. Para nuestro gusto un exceso academista obstaculiza un acercamiento más fiel y proteico a la cultura fronteriza, sin embargo por las páginas de **Culturas contemporáneas** desfilan los temas esenciales: comunicación, identidad, literatura y un largo etcétera ○

• **Culturas contemporáneas.** Revista de investigación y análisis. Volumen IV, número 11. Director: Jorge González. Coordinación editorial: Ana Uribe. Universidad de Colima.



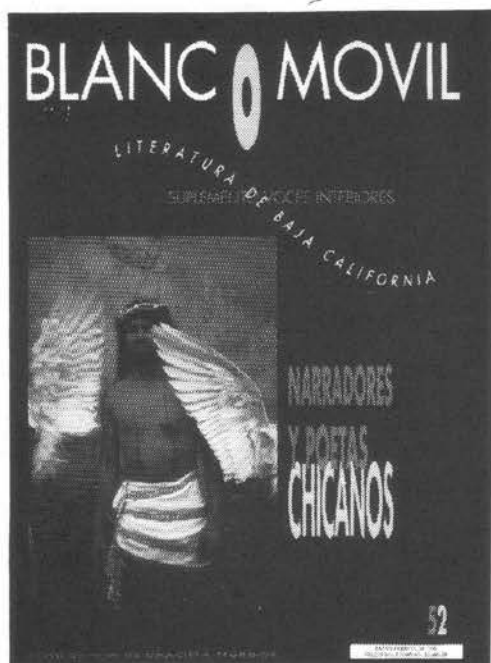
ENTRE YERBA POLVO Y PLOMO DE NORMA IGLESIAS

Entre yerba, polvo y plomo de Norma Iglesias analiza las diferentes formas en que se ha representado a la frontera y sus habitantes en el cine mexicano. Se trata de un análisis de las 275 películas que la autora encontró —entre 1938 y 1989— en México y Estados Unidos. A partir de entrevistas con algunos de los productores del cine fronterizo, se dan a conocer las características de tan peculiar género, así como las expectativas de quienes han visto a la frontera como un buen negocio.

Se habla también, de manera general, de los problemas de distribución y exhibición de estas películas en México y en Estados Unidos. A diferencia de otros estudios sobre el cine mexicano, **Entre yerba, polvo y plomo** registra también la perspectiva del espectador fronterizo (Tijuana-San Diego). ¿Quiénes ven estas películas?, ¿en qué condiciones lo hacen? y ¿qué sentido tienen y cómo se incorporan estos mensajes a su vida cotidiana?, son algunos aspectos que se abordan en este libro. Este trabajo representa un esfuerzo por conocer de manera global el fenómeno del cine fronterizo, que incluye el estudio de la producción, la distribución y la exhibición; el análisis de los propios mensajes a su vida cotidiana, así como de los auditorios y los procesos de recepción ○

• Norma Iglesias, **Entre yerba, polvo y plomo.** Tijuana, COLEF, 1991.





BLANCO MÓVIL

Revista que inicialmente se publicó con el apoyo de una librería defienda; se independizó gracias al tesón y entusiasmo de Eduardo Mosches. De ahí en adelante ha representado una opción temática renovadora en el panorama de revistas y publicaciones culturales del país. En su entrega más reciente *Blanco móvil* continúa con una idea ya concretada en números anteriores: la publicación de monografías literarias regionales. Toca en este caso a la literatura de Baja California. La selección fue realizada por Humberto Félix Berumen e incluye trabajos de Rosina Conde, L. H. Crosthwaite, López Hidalgo, Gabriel Trujillo y José Manuel di Bella, entre otros. Esta edición colabora con el proceso de hacer una literatura mexicana menos metropolitana, dando a conocer otros universos literarios que demuestran ambición estilística y variedad temática. Acompaña a esta versión de *Blanco móvil* una muestra de la literatura chicana donde destacan los nombres conocidos de esa literatura: Tino Villanueva, Alurista, Hinojosa y Méndez. También pueden revisarse ensayos sobre la literatura chicana de María Eugenia Gaona y Salvador Rodríguez del Pino ○

• *Blanco móvil*, enero-febrero de 1992, número 52 México, D. F.

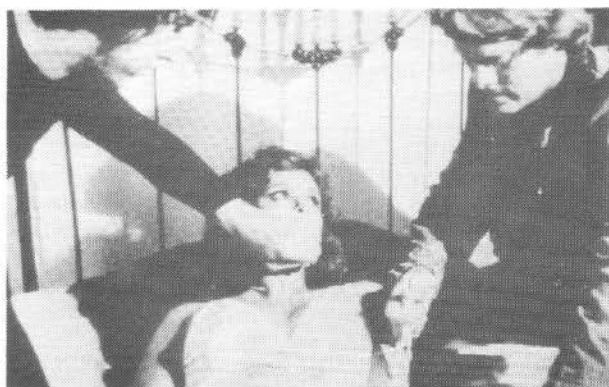
LA FRONTERA MÉXICO-EU EN EL CINE CONTEMPORÁNEO

E*l norte: la frontera México-EU en el cine contemporáneo* de David Maciel es uno de los escasos estudios sobre cine fronterizo existentes.

Este ensayo documenta diversos aspectos sobre las películas que en las últimas dos décadas aluden de alguna manera a la frontera entre México y Estados Unidos. Con esta premisa, David Maciel identifica tres diferentes perspectivas al abordar el cine de temática fronteriza: el tratamiento superficial que de lo fronterizo ha construido el cine comercial mexicano, la reiteración de los estereotipos en los filmes hollywoodenses y la visión del cine independiente, que de alguna manera es la que proporciona el enfoque más objetivo sobre los fenómenos de la frontera.

Cabe señalar que aunque la perspectiva de Maciel tiene una evidente carga sociológica, no soslaya por ello el sentido estético de los filmes. Es una visión esclarecedora de la trayectoria filmográfica sobre la frontera norte del país durante los últimos veinte años ○

• David Maciel, *El norte: la frontera México-EU en el cine contemporáneo*. USA, Institute of Regional Studies, 1991.



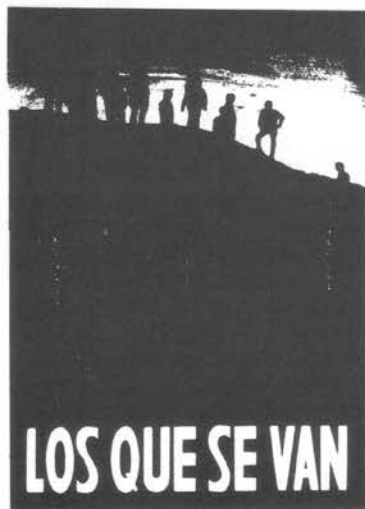


bajo el sig



CINCO AÑOS DE CINECLUB EN LA SALA MARGARITA CANSINO

EL MES DE ABRIL EL CINECLUB DEL Río Rita cumplió cinco años de ofrecer una alternativa a los cinéfilos tijuaneños. Para celebrar el acontecimiento se programó un ciclo de nuevo cine mexicano durante los meses de abril y mayo. La respuesta del público resultó satisfactoria, constatándose la vitalidad que la nueva corriente del cine mexicano ha despertado, al frecuentar los más variados órdenes temáticos: **Danzón**, película inaugural el 7 de abril, expuso la perspectiva femenina con la que María Novaro homenajea al cine mexicano de los años cuarenta; **Cabeza de Vaca** confirmó la acertada incursión antropológica del documentalista Nicolás Echevarría; **Pueblo de madera** es la evocación nostálgica del campo mexicano, donde Juan Antonio de la Riva puso una gran dosis de reminiscencias autobiográficas; **La leyenda de una máscara**, última



LOS QUE SE VAN

película de abril, parodia el género de luchadores cuyo esplendor se remonta a los sesenta y que fue formativo para muchos de nosotros. La sala Margarita Cansino continuará el mes de mayo proyectando sobresalientes filmes mexicanos como **Frida**, de Paul Leduc; **La tarea**, de Jaime Humberto Hermosillo; **Camino largo a Tijuana**, de Luis Estrada, finalizando el ciclo de quinto aniversario con **Intimidaciones en un cuarto de baño**, filme éste también de Hermosillo ○

LOS QUE SE VAN

EL VIDEO DOCUMENTAL **LOS QUE SE VAN** fue presentado el 18 de marzo en el Río Rita. Realizado por Adolfo Dávila y Helena Tamayo y coproducido por el El Colegio de la Frontera Norte y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, este video registra el fenómeno migratorio como un hecho cotidiano en las ciudades fronterizas, tomando a Tijuana como modelo.

Mediante entrevistas e imágenes reveladoras, se describe el viacrucis de los indocumentados en su aventura hacia Estados Unidos; su presencia dentro de la sociedad norteamericana, desde la perspectiva del migrante sobre su propia realidad.

El video de Dávila y Tamayo cuenta con varios aciertos, sobresaliendo la edición impecable y la música del grupo Kiliwa. Se trata en realidad de uno de los mejores videos documentales sobre el tema de la emigración de los trabajadores mexicanos hacia Estados Unidos ○



CÓRDOVA EN EL NEW YORK TIMES

ROBERTO CÓRDOVA LEYVA, fotógrafo mexicalense afincado en Tijuana desde hace muchos años, continúa con un tren de trabajo exhaustivo. Durante varios años trabajó en una investigación de El Colegio de la Frontera Norte, que exigía la toma cotidiana de fotografías en la zona binacional Tijuana-San Diego. Al concluir ese compromiso se ha dedicado a trabajos monográficos y de encargo para publicaciones nacionales y extranjeras. Entre lo más destacable podría referirse el trabajo que hizo para **Cambio 16**, revista hispana de circulación mundial; **dossiers** para las revistas mexicanas **Cultura norte**, **Cultura sur**, **México indígena** y recientemente, interiores y portada para **The New York Times**. No ha descuidado el trabajo en la región: ha publicado selecciones monográficas en **Trazadura**, de Mexicali y **esquina • baja** de Tijuana. Al parecer se fragua un libro de fotografía sobre Tijuana donde Córdova Leyva tiene participación destacada ○



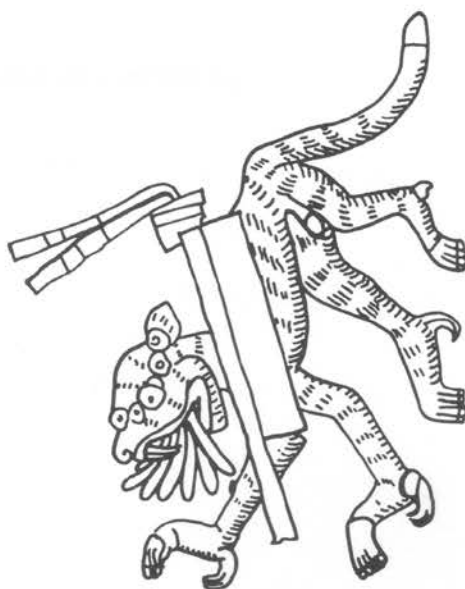
ANIVERSARIO DE DIARIO 29

EN UN MEDIO DONDE LA CULTURA Y su reflexión son condenadas al ninguneo, se impone señalar una excepción. **Diario 29**, afincado en Tijuana pero de difusión regional, cumple por estas fechas un año. Este diario, de manera callada aunque persistente le ha dado importancia a cuestiones de interés cultural y de reflexión política. Una actividad casi insólita en nuestro medio es sostener tres suplementos semanales (y uno quincenal) que se orientan a tratar temas que los otros medios minimizan o simplemente ignoran. **Diario 29** desde el principio empezó a publicar **Inventario**, suplemento cultural donde convergen los asiduos y las promesas de la literatura y la crítica bajacalifornianas; éste, es dirigido por Humberto Félix Berumen y diseñado por Manuel Luis Escutia; **Diálogos del Diario**, coordinado por los politólogos y analistas Mario Herrera y José Negrete Mata, que ha dado espacio tanto al ladrillo académico como a la ficción política, a la sátira y a la divulgación científica; todo lo anterior sin olvidar la adicción monográfica; **Arcoiris**, suplemento infantil que ha merecido reconocimientos nacionales, dirigido por Fco. Manuel Acuña y Carlos Fabián Sarabia; muy recientemente otro suplemento -éste

quincenal- se suma: **Mujeres entre líneas**, coordinado por Gabriela Posada del Real y Soraya Vázquez. Una publicación de mujeres ya ajena a las *vendettas* e histeria feministas. Este esfuerzo de **Diario 29** constituye un ejemplo de apertura y contribución concreta al avance cultural: es decir, propicia la reflexión, la crítica, el debate, la divulgación informada y una larga lista de etcéteras ○

BECAS Y PREMIOS A TIJUANENSES

DENTRO DEL LA SUMA DE RECONOCIMIENTOS Y becas conseguidas por artistas e intelectuales tijuanenses o de la región, pueden citarse las siguientes: Vladimir Téllez Montaña ganó una beca nacional en el área de fotografía de Jóvenes Creadores del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. El grupo de Danz Alquimia, avciindado en Tijuana, presentó un proyecto también a Conaculta que fue aprobado con una beca grupal para realizar su proyecto dancístico. Armando García Orso, presidente de la Asociación Cultural Río Rita compartió Mención Honorífica con Pedro Friedenberg, en el Concurso Mundial de Arte Miniatura, realizado en Toronto, Montreal, en enero del presente año. Adolfo Dávila, que ya había realizado los videos **Apizmiki** y **Los que se van**, ganó una beca del Programa Cultural de las Fronteras para realizar un video sobre los indígenas de Baja California. Por otra parte, en la Bienal del Noroeste figuraron con distinciones los siguientes pintores bajacalifornianos: Alvaro Blancarte, Arinda Caballero, Enrique Ciapara y Silvia Galindo Betancourt ○



DONACIÓN A LA VIDEOTECA DE RÍO RITA

LA VIDEOTECA DE RÍO RITA AMPLIÓ SU acervo con la valiosa colección de cine que le donó recientemente el Programa Cultural de las Fronteras del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Entre el material fílmico que el cineclub recibió se encuentran películas de primera mano en formato vhs cuidadosamente editado: desde algunos documentos pioneros, como **El nacimiento de una nación**, de Griffith; **Iván el terrible**, de Eisenstein, hasta lo más sobresaliente del cine de autor con películas de culto como **Senso**, de Visconti; **Danton**, de Wadja; **Sin aliento**, de Godard, y **La infancia de Iván**, de Tarkovski; además de una muestra representativa del cine contemporáneo mundial. Por tal motivo el cineclub Río Rita da público agradecimiento al Programa Cultural de las Fronteras y Conaculta por la importante donación recibida ○



LIBRERIA EDUCAL SEBS

UNA NUEVA OPCION PARA QUE FORME SU BIBLIOTECA

A SU DISPOSICION COLECCIONES DE CIENCIAS, ARTE, PEDAGOGIA,
LITERATURA, LIBROS UTILES Y DE ENTRETENIMIENTO.

SEP / CONACULTA - Fondo de Cultura Económica - UNAM

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

Editorial Universo • Edivisión • Planeta • Grijalvo • Emecé Mexicana
Selector • Joaquín Mortiz • Era • Nueva Imagen • Siglo XXI
Ediciones de los Ayuntamientos de Mexicali y Tijuana

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

COLECCIONES DE LA SEP

Lecturas Mexicanas - Biblioteca Pedagógica - Cien del Mundo
Cien de México - Libros del Rincón - Frontera
Clásicos Universales - Los Noventa - Letras Nuevas
Atlas Cultural de México

■ ■ ■ ■ ■

Libros para Preparatoria Abierta

■ ■ ■ ■ ■

LIBRERIA EDUCAL EN TIJUANA

Antiguo Palacio Municipal
Calle 2a. y Constitución
Abierto de lunes a sábado

UNA PROMOCION DEL
XIII AYUNTAMIENTO DE TIJUANA
DEPARTAMENTO DE CULTURA

BAJA CALIFORNIA

Tradicional y Panorámica

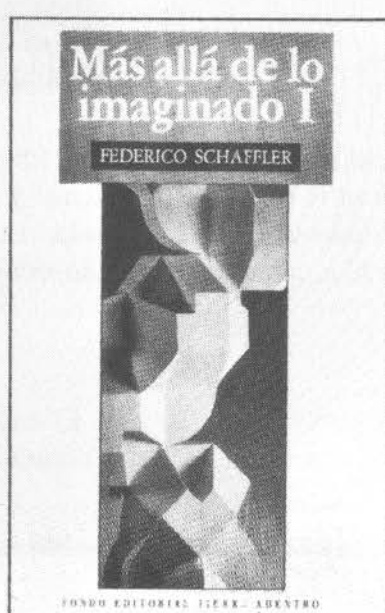
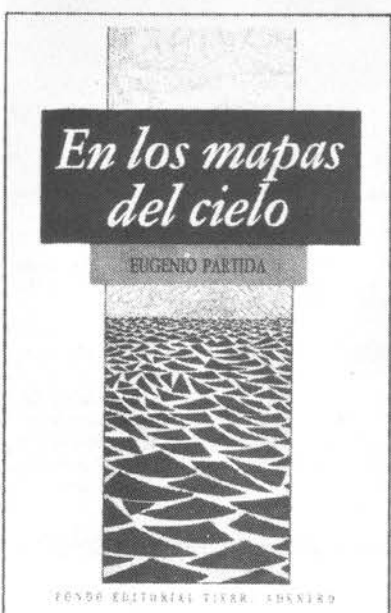
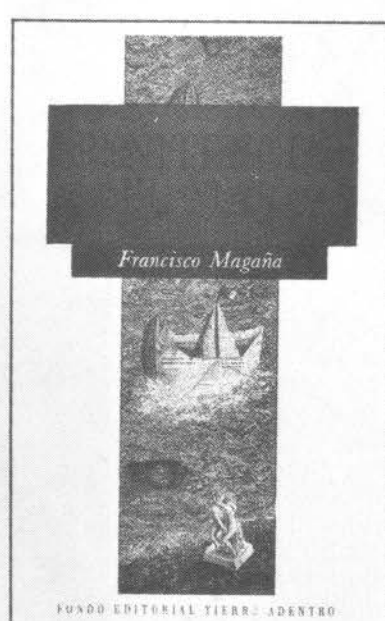
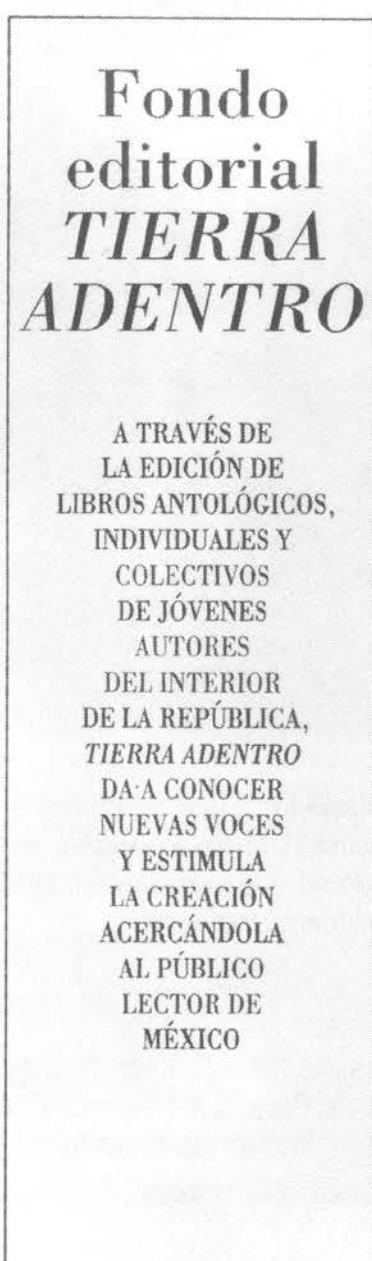
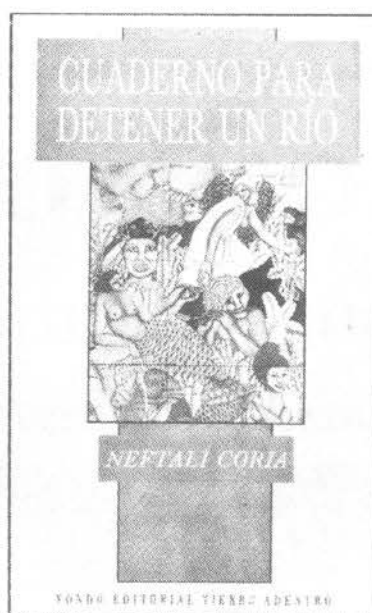
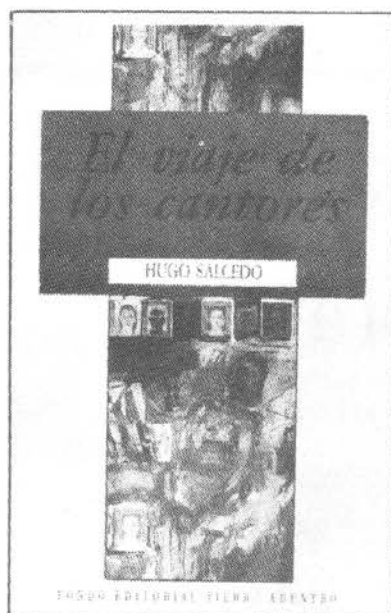
Ma. Luisa Melo de Remes



Durante su estancia en Tijuana María Luisa Melo de Remes escribe varios libros que serán posteriormente publicados en diferentes fechas y lugares. Uno de los cuales, tal vez el de mayor mérito literario, es precisamente **Baja California tradicional y panorámica** (1962); que ahora se publica en edición facsimilar, como una forma de reconocimiento a su autora.

Ediciones del XIII Ayuntamiento de Tijuana
Dirección de Promoción Económica y Social
Ediciones Pasado





VIERNES

JUEVES

JUEVES

MIÉRCOLES

MARTES

LUNES

DOMINGO

POLITICA

divulga

INSTANCIA

gente
SOLIDARIA

SOCIEDAD y SIDA

**DIALOGOS
DE DIARIO**

INVENTARIO

DIARIO 29

El Nacional



Suplemento...

La manera diferente de pensar.



